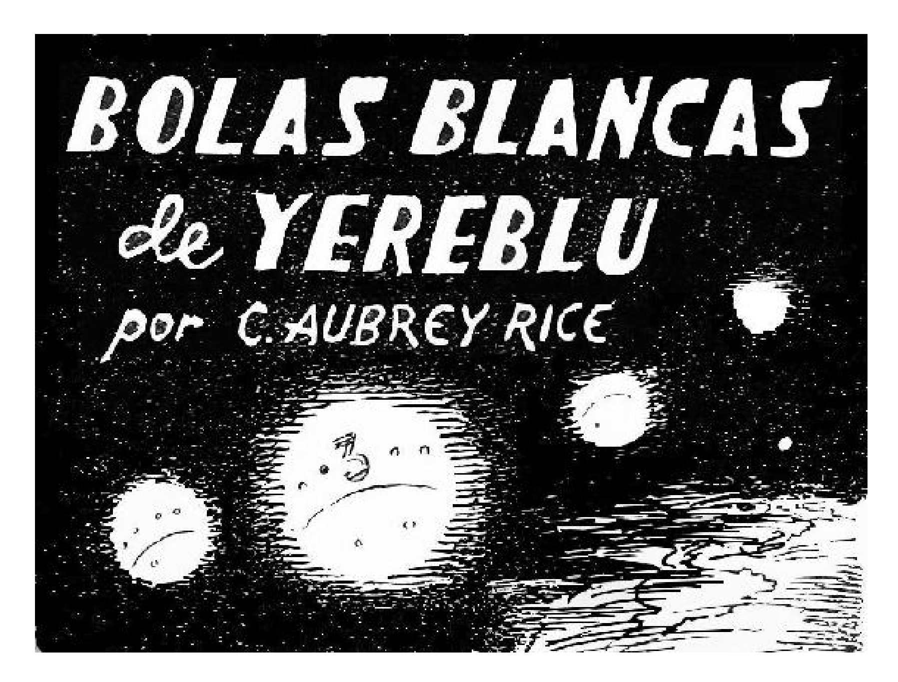


3
2
4
1
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
BOLAS BLANCAS
de Yereblu
C. AUBREY RICE.
JOSÉ LUIS


C. AUBREY RICE
BOLAS BLANCAS DE YEREBLU
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

CREANDO LA AVENTURA

MISTER Maxwell N. Sirand, el conocido millonario de Boston, dejó sobre la mesa de su despacho las fotografías que con ayuda de una potente lupa había estado observando, y se retrepó en el sillón donde estaba sentado. Quitóse en silencio las gafas después, y se dedicó pensativo a limpiar sus cristales.

—Pueden ser platillos volantes —dijo de repente sin mirar a la pareja de periodistas que tenía ante sí, acomodados en sendos butacones de cuero—. Estoy dispuesto a admitir que no proceden de la Tierra, mientras no se nos demuestre lo contrario.

—No sé a qué viene eso de «mientras no se nos demuestre lo contrario» —sonrió Thommas Ressel, un joven de unos veinticuatro o veinticinco años que a fuerza de golpes había adquirido la costumbre de agachar la cabeza cuando cruzaba las puertas, con lo que ya se puede juzgar con aproximación lo aventajado de su estatura. Y agregó enarcando las cejas: —¿Por qué no quiere estar seguro del todo, mister Strand?

—No es que no quiera —contestó como quejándose el aludido al tiempo que se ponía los lentes de fina montura de oro—. Ya saben

que no deseo otra cosa. Es que las fotografías que me han traído ustedes no están muy claras que digamos, y, por otro lado, las explicaciones de miss Shelf dejan mucho que desear.

—Yo no puedo añadir nada a lo que ya he dicho mil veces —terció Leticia Shelf, una chica morena lo suficientemente guapa para no verse precisada a ocultar los abriles que tenía—. Eran redondos como globos —recitó con el cansino tonillo de un niño que repite una lección fastidiosa—, y sus contornos no eran nítidos. Parecían como temblorosos.

—Bueno —atajó displicente mister Maxwell Strand meneando la cabeza y elevando los hombros—, esa ilusión pudo habérsela creado el hecho de que tales aparatos simétricos, y al girar...

—¡¿Cómo ilusión?! —se puso por los nubes miss Shelf—. Pasaría por ello si mi máquina fotográfica no hubiese recogido fielmente lo que vi con mis propios ojos en Georgia.

—No tendría nada de particular que la máquina se haya equivocado también —repuso con aplomo mister Strand volviendo a coger una fotografía de la mesa.

—¡Es inaudito!... —exclamó malhumorada la muchacha echando una mirada de reproche a su compañero, que era quien la había llevado a casa del millonario con el pretexto de que allí podría sacar mayor beneficio a su sensacional reportaje gráfico que en el «Morning Press», a cuyo cuadro de redactores ambos pertenecían.

—No es inaudito —denegó mister Strand poniendo sin inmutarse la lupa sobre el retrato—. No interprete mal lo que quiero decir. Se ven, en efecto, mal definidos los bordes de los globos o las bolas o como queramos llamarlos.

—Así es —asintió Thommas Ressel devolviendo a Leticia Shelf una mirada como diciéndola: «¿Ve, mujer?».

—Ahora bien —prosiguió hablando Maxwell Strand— el que se vean redondos y con los bordes imprecisos, no quiere decir que sean de veras ni una cosa ni otra. Es más, opino que no lo son. Para mí, estos platillos se apartan del modelo que podríamos llamar «corriente» y, aun teniendo forma de disco, no giran como los otros en sentido horizontal, sino que lo hacen teniendo por eje un diámetro, causa por la cual toman ese aspecto redondeado con que se les ve.

—O sea —dijo dubitativo Ressel mordiéndose un nudillo—, ¿cómo las monedas cuando giran sobre una mesa?

—Exacto —saltó el millonario, encantado de que el periodista hubiese captado en seguida su idea—. Y si en reposo fueran perfectamente circulares, al voltear sobre un diámetro barrerían unas superficies perfectamente esféricas también, cosa que no

sucede, pues los contornos aparecen la mar de irregulares.

—Temblorosos —repitió la joven sin querer apartarse de su primitiva definición.

—No —negó rotundamente mister Strand—. Y perdóneme que me muestre inflexible en este extremo. «Temblorosos» es como a usted y a su máquina les parecieron. La realidad, sin embargo, debe ser muy otra. Tanto si queremos concederles un origen extraterrestre como si no, esos aparatos no pueden ser «realmente» temblorosos. O dicho de otra manera, no pueden tener esa fantástica trepidación que usted pretende.

—¡No sé por qué no!

—La razón es bien sencilla, miss Shelf —intervino Ressel—. De ser como usted dice, pilotarlos sería un martirio.

—Cierto —afirmó Maxwell Strand—. En un aparato que trepidase tan desacompasadamente, un viaje de millones de kilómetros para los marcianos, pongo por caso, o de miles para nuestros coterráneos, sería de fatales consecuencias. Tanto, que resulta absurdo pensar que a nadie se le pudiera ocurrir meterse dentro de ellos.

—¿Y quién dice que tengan que estar pilotados por alguien? —objetó la periodista.

—¿Quiere usted decir que pueden ser aerolitos?

—Por ejemplo, sí señor.

—Pues no pueden serlo, amiga mía. No pueden serlo, a no ser que usted me haya engañado desconsideradamente al decirme que estuvieron evolucionando más de un cuarto de hora sobre su cabeza.

—Lleva razón, miss Shelf —adujo Thommas Ressel cruzando sus larguísimas piernas—. En ese tiempo se habrían consumido.

—¿Consumido? —interrogó la muchacha un poco asombrada de lo que había oído.

—Mire, joven —tomó cachazudamente la palabra mister Strand—, no es mi intención dar a usted una conferencia, pero tenga la bondad de escucharme un momento. Como me imagino que se da perfecta cuenta de las enormes velocidades que alcanzan los aerolitos en el espacio, sólo voy a decirle a usted una cosa: uno que se desplace a razón de 30.000 metros por segundo llega a alcanzar una temperatura de 3.400 grados centígrados y arde al entrar en contacto con la atmósfera. Si su tamaño es reducido, sé quema antes de llegar al suelo; pero si es de grandes proporciones, si bien se funde y se empequeñece notablemente, puede venir a chocar con la superficie de la Tierra.

—Ya comprendo —musitó Leticia Shelf.

—Suponga entonces una piedra meteórica que lograse atravesar la atmósfera. ¿Qué pasaría? Pues, entre otras cosas, que no «evolucionaría», que no iría de aquí para allá hasta acabar por perderse a lo lejos como sucedió ayer con los cuatro objetos que usted vio y fotografió en Georgia.

—Además —apuntó Ressel—, los aerolitos suelen dejar en pos estelas luminosas.

—Los que yo vi —negó miss Shelf con la cabeza— no la tenían.

—Más a nuestro favor —se pasó el millonario las manos por sus encanecidas sienes—. Claro, que los bólidos que entran en la atmósfera a velocidades inferiores a los 2.500 metros por segundo no forman estela; más en ningún caso evolucionan un cuarto de hora largo.

—Por tanto —resumió Thommas Ressel—, no cabe más que una de dos: o lo que usted vio eran simples meteoritos que acabaron por ir a caer Dios sabe dónde...

—No cayeron —recordóle mister Maxwell Strand—. Ya sabe que los cuatro han sido vistos.

—O eran platillos volantes —terminó de decir el periodista.

—Eran platillos volantes —remachó con la repetición el millonario—. No hay la más ligera duda.

—No comprendo cómo puede estar tan seguro de ello, mister Strand —-murmuró la joven—. Parece como si para usted fuera la cosa más natural del mundo.

—Señorita, para mí, que ya he rebasado la época en que me sabía malo que me llamaran viejo, hay pocas cosas que no me resulten comprensibles y naturales.

—Pero es que esto pasa un tanto del límite de lo sensato. Casi es como si manifestase que no le asombraría en absoluto encontrarse de pronto con un par de marcianos

—Y no me asombraría, miss Shelf, se lo aseguro formalmente. No haría más que comprobar que la sospecha de que en Marte haya habitantes es una realidad.

—¿Opina, pues, que los habrá?

—Yo no opino nada. ¿Para qué...? De bien poco había de servir mi pobre opinión. Pienso, empero, que no había de causarme ningún pasmo ver un ejemplar de marciano, o de venusino, o de uraniano.

—¿También da como probable que haya habitantes en Venus y en Urano?! ¡Qué asco me daría a mí verlos!

—No le diré ni que sí ni que no, que ponerle raya a lo posible es

ponérsela al Todopoderoso. Y en cuanto al asco, prefiero suponer que lo dice influenciada por las películas y por las novelas fantásticas.

— ¡¿Acaso intenta decir que han de ser como nosotros?!

—-Sería vano intento. Y la pretensión contraria también. Ni sé si serán semejantes a los habitantes de la Tierra, ni sé si no lo serán. Sólo sé que parece inconcebible que Dios se haya limitado a poblar de «guapos» nuestro mísero mundo y haya dejado de derramar vida por todo el resto de la creación. Y tenga por seguro, miss Shelf, que con toda la belleza que usted posee, quizá asuste a los habitantes de otros planetas tanto o más que ellos a usted. Y que les produzca tanto asco. Y perdóneme.

Leticia Shelf se quedó de una pieza. Thommas Ressel supuso un instante que la muchacha iba a responder en tono airado, y se maravilló al verla pestañear ruborizada y oírla decir con una vocecita suave como un suspiro:

—No tengo de qué perdonarle, mister Strand. He hablado sin saber lo que decía. Gracias por su lección. Ahora comprendo que es cuestión de punto de vista, seguramente a las cucarachas nosotros les pareceremos unos bicharracos asquerosos...

En aquel preciso momento,, un ruido hueco, como un gorgoteo, se dejó oír en el exterior, y miss Shelf, levantándose de un salto, acercóse a la amplia ventana del despacho gritando:

— ¡Son los platillos! ¡No puedo confundirme! ¡Ese es el mismo ruido que producían ayer!

Ressel y mister Strand, contagiados por el nervio de los movimientos de la muchacha, de sendos saltos se pusieron en pie y fueron junto a ella.

Estaban en el piso 54 del Boston House, rascacielos de 70 plantas, propiedad de Maxwell Strand. Desde allí, el suelo de la acera correspondiente a la fachada principal, que era desde donde miraban, ni siquiera se veía.

Sólo Thommas Ressel, sacando peligrosamente el busto por el hueco de la ventana, debido a su estatura, podía distinguir parte de la calzada.

El gorgoteo se oía cada vez más cerca. Leticia Shelf retorcía su pañuelo entre sus finas manos. Se había apoderado de ella un incontenible afán de ser la primera que advirtiese la presencia de los aparatos en el aire.

Fue su compañero del «Morning Press», sin embargo, quien, voceando innecesariamente, los señaló con el dedo en cuanto aparecieron en lo alto.

— ¡Ahí están!

—En efecto —repuso con calma mister Strand, que no se ponía nervioso así como así—. Y siguen los cuatro juntos y en hilera, en idéntica disposición a la que tienen en sus retratos, miss Shelf.

Pero miss Shelf no se dio por aludida y no se movió de donde estaba. No tenía oídos más que para el gorgoteo, ni ojos más que para mirar a los extraños objetos voladores que se iban aproximando como temblando en el espacio.

Eran lo suficientemente redondos para que podamos llamarlos esféricos sin apartarnos demasiado de la verdad. Hubiérase podido decir de ellos que eran usos largos núcleos verticales envueltos en gasa o en algodón. O mejor aún, en humo. Un humo blanco y transparente que seguía al macizo y también blanco bulto del interior adondequiera que éste iba, sin separarse de él para nada. Sus contornos, igual que habían salido en las fotografías, eran difusos, tenues, no estaban marcados con claridad. En conjunto, los cuatro platillos volantes, caso de que tales fuesen, daban la impresión de ser gigantescas bolas de nieve colgadas en el aire. Y a tal punto llegaba esta ilusión, que en las blanquísimas esferas parecían distinguirse las huellas de los dedos, o de los dedazos, del inconcebible coloso que las hubiera hecho con sus descomunales manos.

Mister Strand movió repetidas veces la cabeza a un lado y a otro, como diciendo que no rapidísimamente, y al quedarse quieto dijo muy pensativo y muy serio:

—No me explico por qué las habrán pintado de tantos colores.

Ressel dio un respingo y miró con extrañeza a su interlocutor. Después se frotó los ojos y tornó a posarlos en los cuatro artefactos. El cielo era azul, desde luego, y sobre él, destacándose fuertemente, los platillos, blancos, inmaculados, impolutos...

—Debe ser a causa de algún abstruso problema relacionado con la absorción de los rayos solares, ¿no cree? —siguió el millonario diciendo impertérrito.

Y Thommas Ressel, boquiabierto, sin saber ni qué decir, trató de descubrir en las esferas algún color más que el blanco.

Cierto que desde el pise 54 del rascacielos se divisaban allá abajo centenares,- miles, millones quizá de colores desperdigados sin orden ni concierto: colores de anuncios, colores de vehículos, colores en la fachada y en la cúspide del rascacielos de enfrente... Mas el periodista no podía creer que su interlocutor se refiriera a ellos.

—¿Qué colores dice usted que tienen los aparatos esos? —le preguntó a bocajarro como de pasada, resuelto a poner cosas en

claro.

Verde, rojo, amarillo… —principió a enumerar Maxwell Strand, contando con los dedos sin retirar la vista de los platillos.

—-¡Por Dios, ¿qué está usted diciendo?! —interrumpióle Ressel con el ceño fruncido, temiendo que el millonario quisiera gastarle una broma. Y añadió como si de pronto hubiera encontrado la explicación a lo que sucedía— ¿No tendrá por casualidad las gafas empañadas?

—No creo. Las acabo de limpiar —extrañóse mister Strand quitándoselas y mirándolas los cristales—. ¿Por qué lo dice? —interrogó a su vez al fijarse en la diáfana transparencia de los vidrios.

— ¡Cómo que porque lo digo! —bufó Thommas Ressel con tan hosca entonación que miss Shelf, absorta como estaba, no supuso ni por asomo que tales palabras habían salido de la boca de su compañero de redacción—. ¿Es que no ve usted que esos platillos son «completamente blancos»?

—Nada de eso, mister Ressel —contestó el millonario con su característica seriedad volviendo a ponerse sus gafas—. Yo creí que ustedes se habían dado cuenta ya de que el color blanco que vemos no es el verdadero de esos platillos, sino el producido por los siete del iris al dar vueltas rápidamente.

—¡Acabáramos!… —suspiró aliviado el altísimo periodista llevándose las manos a la cabeza—. ¡Colores complementarios…!

—Naturalmente —sonrió mister Strand acodándose en el alféizar de la ventana—. Los siete que forman la luz blanca…

Y mister Maxwell Strand, al ver que los platillos se estaban elevando, con lo que en breve dejarían de ser visibles desde aquella fachada del Boston House, se llegó de un par de zancadas a la mesa de su despacho y pulsó uno de los botones del teléfono múltiple que en ella había.

—¡Jim —dijo casi en el acto—, prepáreme en seguida el helicóptero gris! —Y dirigiéndose a la pareja de periodistas, les invitó—: Vengan si gustan a la azotea conmigo. Vamos’ a seguirlos por el aire.

Leticia Shelf y Thommas Ressel no se hicieron de rogar. Para su ansia de aventuras venía que ni pintada la idea de poder acercarse a los raros aparatos aéreos.

… …

Cuando las aspas horizontales del helicóptero del millonario empezaron a dar vueltas, la sensación que en mayor o menor grado

tuvieron los cuatro ocupantes del aparato, fue la de que el Boston House se hundía.

El cuarto ocupante del helicóptero era uno de los pilotos de mister Strand, Jim Morely, un mocetón rubio que se quedaba chiquito ante Ressel, pese a sus buenos 1'92

Ladeóse poco después el aparato con cierta brusquedad, para evitar el pararrayos que se alzaba en lo más alto de la cúpula del rascacielos, y miss Shelf, no precisamente asustada, dejándose llevar por su instinto de conservación, se agarró al brazo derecho del asiento que compartía con su compañero del «Morning».

Jim y mister Maxwell Strand iban sentados delante. El primero, rozando apenas los mandos del ágil helicóptero, lo pilotaba como el que no quiere la cosa. El millonario, por su parte, con ayuda de unos grandes prismáticos negros, procuraba enfocar las empequeñecidas imágenes de los cuatro platillos volantes.

Thommas Ressel, con las rodillas pegadas al respaldo del asiento de Morely, incómodo a más no poder, sonrió a la muchacha, no obstante, y volvió la cabeza para mirar hacia abajo a través de la acristalada carlinga que les cobijaba a todos.

Boston era como una maqueta de ciudad; como una ciudad en miniatura que causaba náuseas ver hundirse más y más. Ya no se distinguían en ella ni vehículos ni transeúntes. Sólo los edificios, los rascacielos como cajas de cerillas y las casas normales como dados, salpicados de manchas verdosas que correspondían a los árboles de los parques.

Pero todo ello vacío, como muerto, sin la inyección de vida que el movimiento inocula a las urbes. ¿Dónde estaban los numerosos habitantes de Boston? ¿Dónde sus millares de millares de vehículos de todas clases?...

La distancia los había anulado, borrado del paisaje, reducido a la nada.

Ei periodista elevó anonadado los ojos al cielo. Allí, por lo menos, estaban las cuatro bolas y no mareaba mirarlas.

—¿Desean acercarse a ellas? —se adelantó servicial Jim a la orden que esperaba de su jefe, una vez que el aparato hubo alcanzado la altura necesaria.

—Sí —confirmó el millonario—. Haga lo posible por conseguirlo.

—¿Son marcianos? —inquirió el piloto algo burlón.

—Puede —fue la concisa y seria respuesta de mister Maxwell Strand.

Más miss Shelf no se decidía a aceptar la hipótesis de que

aquellas esferas no procediesen de la Tierra. Estaba deseándolo, pero no se atrevía. Era demasiado emocionante.

No es igual oír hablar de que unos vehículos aéreos de estrambótico diseño, por regla general, han sido vistos en tal o cual apartada región del Globo, que verlos delante de uno. Y la cuestión varía aún más si encima, formal y seriamente, nos imbuyen la idea de que son extraterrestres.

—¿No podrían ser proyectiles teledirigidos? —preguntó la joven, dispuesta a imaginar cualquier cosa antes de concebir ilusiones de que se encontraba ante algo que no había sido fabricado en el mundo, en nuestro mundo.

—No, miss Shelf —dijo el millonario ladeando la cabeza al hablar—. Teledirigidos, quizá sean. Eso, de momento, no puedo discutirlo. Aunque me extrañaría. Pero lo que aseguro a usted es que no son proyectiles.

Quedóse un segundo en silencio, y agregó muy despacio, como silabeando:

—Si acaso, serían proyectiles suicidas.

Ressel trató de dar un salto en su asiento, y el helicóptero dio un bandazo. Un bandazo desproporcionado al movimiento que el cuerpo del periodista podía haberle comunicado al intentar erguirse. Jim Morely miró con los ojos entornados a su patrón.

Leticia Shelf parpadeó perpleja.

—¿Por qué han de ser precisamente suicidas? —buscó ayuda, ya que por sí sola no se lo podía explicar.

—Porque llevan tripulantes —contestó con absoluta calma mister Strand.

—¡¿Pero es que usted ha llegado a verlos?! —gritó Thommas Ressel estupefacto.

—No, mister Ressel Todavía no he tenido esa suerte. Por de pronto sólo he visto algo que se parece mucho a ventanas.

Los periodistas del «Morning Press» tragaron saliva. Tanto ella como él estaban deseando preguntar al millonario qué tenían que ver las ventanas con el que las bolas fueran o no proyectiles suicidas, pero temieron hacer el ridículo y optaron por callar.

Jim, sin embargo, que si al principio había tomado la cosa a broma habíase interesado luego, no resignándose a quedarse sin saber lo que mister Maxwell Strand quería decir, se lo preguntó.

—Pues está claro, hombre —le respondió mister Strand—. Si hay «ventanas», debe ser porque también hay quien pueda asomarse a ellas. Y en ese caso, si esos aparatos son proyectiles, sus ocupantes tendrían que perecer cuando éstos estallaran.

Las cuatro esferas, en vuelo horizontal, no aumentaban su velocidad y el helicóptero se iba acercando a ellas. Pero aún estaban lejos. Mucho más lejos de lo que a todos los ocupantes del helicóptero les habría gustado.

—¿Me permite los prismáticos? —pidió mis Shelf al millonario.

—Naturalmente —accedió éste sacándose la correa que llevaba alrededor del cuello y entregándoselos a la muchacha.

—Gracias —dijo miss Shelf al cogerlos por encima del asiento.

—Mire usted al centro del núcleo más próximo —-le aconsejó mister Strand en cuanto ella los hubo acondicionado para su vista— Observe un brillo ligero, como una titilación... ¿Lo ve?

—No... ¡Sí!... —corroboró la joven desde debajo de los prismáticos negros—. ¡Son como rectángulos chiquititos...!

—Exacto. Como rectángulos chiquititos que brillan al sol. Parecen trocitos de hielo en medio de una bola de nieve.

—Déjeme verlos, miss Shelf —solicitó Resell. Y apenas los hubo echado una mirada, frunció los labios y dijo—: Es demasiado aventurado afirmar que esos simples huecos sean ventanas.

—¿Qué es lo que se había figurado que iba a ver? —sostuvo el millonario cogiendo de un estuche que llevaba en bandolera una máquina de retratar y enfocando con ella los platillos.

—En verdad que no visillos y macetas, ni que decir tiene. Pero no debemos atribuir...

—Mire, mister Ressel —interrumpió mister

Strand—, es tontería que discutamos una cosa de la cual ninguno de los dos tenemos pruebas de que sea ni de que no. Saldremos de dudas cuando alcancemos a las esferas. Sólo entonces veremos quién lleva razón.

Procedente de la parte superior de la carlinga, oyóse un fuerte tableteo como de ametralladora y el helicóptero semejó encabritarse. Maxwell N. Strand lanzó a Jim con la vista una muda interrogación.

—¡Nos hemos detenido, señor! —rezongó el piloto sumido en un mar de confusiones—. ¡El motor funciona, pero los mandos no responden! ¡Pónganse los paracaídas!

El millonario se dio media vuelta en su asiento, con una mano levantada para recomendar a Leticia Shelf que no se pusiera nerviosa, y al mirar por encima de la cabeza de la muchacha, vio por los cristales del techo el vástago vertical del rotor que sobresalía del fuselaje del helicóptero.

—No tema, miss Shelf —exclamó metiendo la máquina en su estuche—. No nos atacan desde los platillos. Es que han roto las

paletas de la hélice superior.

—¿Todas ellas? —inquirió incrédulo Jim.

—Todas. Esa ha sido la causa del repetido ruido que hemos oído —terminó mister Maxwell Strand consultando su reloj de pulsera.

Eran las cuatro y diez de la tarde. Una hora tan intempestiva como cualquier otra para morir. Leticia Shelf se armó un lío tremendo con las correas de su paracaídas, y el millonario, saltándose su asiento, acudió en su ayuda. Y Jim tuvo que dar la mano a Ressel y ponerse a tirar de él, ya que, dado el espacio excesivamente justo de la carlinga, el periodista estaba empotrado en su asiento y no se podía poner en pie.

Mister Strand, de improviso, se dejó caer al suelo, a los pies de miss Shelf, y miró con tanta insistencia por uno de los costados transparentes del helicóptero, que pareció meterse por él.

—Jim —ordenó—, compruebe la altura.

El aludido retorció el tronco y echó una fugaz ojeada al cuadro de instrumentos.

—Cuatro mil doscientos veinticinco metros —manifestó en seguida, tornando a volverse para seguir ayudando a Ressel.

—¡Vuelva a mirarla! —rugió más que dijo el millonario sin abandonar su forzada postura.

Jim Morely se encogió de hombros con gesto de fastidio. No corría prisa salir del aparato, ya que había suficiente altura para poder permitirse el lujo de gastar bastante tiempo antes de saltar, pero le sabía mal tener que dejar al del «Morning» embutido en su asiento.

—¡Vuelva a mirarla! —tronó nuevamente mister Strand.

Y el piloto, tan extrañado como los otros dos pasajeros, ninguno de los cuales podía adivinar la intención de Maxwell Strand al reiterar con tanto imperio sus palabras, obedeció la orden y repitió:

—Ya se lo he dicho antes: Cuatro mil doscientos veinticinco metros de altura.

— ¡Asegúrese bien!

Morely estuvo a punto de estallar. Por suerte conocía perfectamente al millonario y sabía que aunque solía decir cosas extraordinarias, era muy remirado hasta en sus más pequeñas acciones.

Conque, aun empezando a sospechar que su jefe podía haberse vuelto loco, el rubio piloto miró una vez más al altímetro.

— ¡Cuatro mil doscientos veinticinco metros! —gritó muy alto para desahogarse.

Y su enfado aún se incrementó más cuando mister Strand,

sentándose tranquilamente en el suelo, le preguntó quitándose las gafas:

¿Está seguro?

— ¡¡Claro que estoy seguro!! —barbotó a sabiendas de que se estaba jugando el puesto—. ¡¡Soy piloto aviador desde hace…!!

— ¡¿Y no se da cuenta de que «siempre» estamos a la misma altura?! —le espetó el millonario levantándose del suelo.

— ¡Imposible!.., —bisbiseó francamente asombrado.

—Diga mejor inexplicable —corrigióle mister Strand consultando otra vez su reloj—. Ya ve que «puede» ocurrir.

—¿Qué es lo que puede ocurrir? —dijo con un hilo de voz Leticia Shelf.

— ¡Quedarse parados en el aire! —exclamó Jim dejándose caer patidifuso en su asiento.

A dos mil quinientos metros de ellos, las cuatro bolas blancas recortaban sus imperfectas siluetas esféricas en la inmensa serenidad azul del firmamento

CAPÍTULO II

EL CAMINO DEL AIRE

Y que vamos a hacer ahora? — dijo Ressel saliendo por fin de su atasco y

quedándose encogido como un acordeón.

—Lo primero —habló sin inmutarse el millonario pasando de un salto a su sitio—, detener el motor del helicóptero. Y lo segundo —agregó predicando con el ejemplo, cumplida ya por el piloto su primera indicación—, terminar de poner los paracaídas.

—¿Han sido las bolas esas las que nos han detenido? —-preguntó Jim echándole una mano al alto periodista del «Morning Press», incapaz por sí solo de ponerse el paracaídas en el estrecho recinto de la carlinga.

—No puedo dar una respuesta categórica a su pregunta —-dijóle mister Maxwell Strand—. Y a fe que lo siento. Pero debemos suponer que ellas han sido. Por lo menos yo le garantizo que nadie sabe hacer otro tanto... en la Tierra. Y esto —miró alternativamente a Leticia Shelf y a Ressel— confirma mi hipótesis de que esos platillos volantes no proceden de nuestro Planeta.

—¿Cree usted que nos atacarán? —preguntó a su vez la bella periodista al terminar de abrocharse con firme mano la última hebilla que le faltaba—-. Le ruego que sea sincero.

—Pues no —contestó mister Strand—, no creo que nos ataquen. Se lo digo sin que me quede nada por adentro. Cuando no lo han hecho ya, señal es que ni lo intentan siquiera.

—¡Pero nos han destrozado el helicóptero! —gruñó Morely—. Si a eso no se le llama...

—No exageremos —le interrumpió mister Maxwell Strand—. No nos lo han destrozado. En realidad, nos han causado un destrozo mínimo.

—¡Caramba, mínimo!... —opinó Thommas Ressel mirando ceñudo los restos de la hélice, hecha astillas, que se mantenían un poco por debajo del suelo del aparato. ¡Han podido matarnos!

—Claro que «han podido», mister Ressel; pero no lo han hecho, ya lo ve. Tengo para mí que sólo han tratado de impedir que nos acerquemos demasiado a ellos. Y si ha sido ésa su intención, no me negarán que la han llevado a cabo con gran tacto.

— ¡Menudo tacto!... —se lamentó Jim—. ¡Dejarnos de improviso en mitad de la atmósfera...!

Los cuatro tripulantes del aparato gris habíanse puesto ya sus respectivos paracaídas. Mister Strand y el piloto se cercioraron de que tenían los suyos los periodistas en debida forma, y Jim previno rápidamente:

—No olviden que no deben tirar de la anilla sin haber contado hasta cinco.

—¿Hay que contar de prisa o despacio? —quiso saber la joven en concreto, percatado como se había de la gran diferencia de tiempo que puede haber al realizarlo de una manera o, de otra.

—Las muchachas tan guapas como usted —dijóle Morely de sopetón con una voz muy acaramelada— pueden hacerlo como gusten.

Y aún fue a decir algo más, pero mister Maxwell Strand y Ressel quedáronsele mirando de tal modo, que farfulló, azorado en grado sumo y rojo como la grana, al tiempo que abría la puerta de su lado de la carlinga.

—El caso es que no deje de contar.

—¡Espere, hombre de Dios! —le detuvo el millonario cogiéndolo por un brazo al verle decidido a saltar al espacio—. ¿Es que tiene deseos de morir?

— ¡Llevo el paracaídas, señor! —trató de zafarse el confuso piloto.

—Me temo que la innegable belleza de mi invitada le ha hecho perder la cabeza —le reconvino mister Strand sin soltarle—. Dé gracias a que yo prefiero que viva por lo menos hasta que recupere tan importante porción de su anatomía.

Jim lanzó una estupefacta mirada a su jefe, sin entender ni remotamente a donde quería éste ir a parar.

—¿No ha visto que el helicóptero está rodeado de trozos de hélice? ¿No comprende que si se tirara también usted se detendría?

A lo lejos, las cuatro esferas blancas, girando y girando sin moverse de su lugar, se habían detenido y parecían haberse quedado «dormidas». El monótono gorgoteo que producían sus incógnitos propulsores era como el ronquido de un gato gigante.

Debajo del inmóvil helicóptero gris, con Boston por fondo, se abría el espacio como un abismo pavoroso.

—No, amigos míos —continuó hablando flemático mister Strand —, no podemos salir de golpe de aquí. Debemos hacerlo con precaución, con suavidad. Recuerden desde ahora —zarandeó a Jim antes de soltarlo— que al menor movimiento brusco, igual que les

ha sucedido a las paletas de la hélice, les harán pedazos el cuerpo, y tengan bien presente que cuando menos lo esperemos podemos perder pie.

—¡¿Es que vamos a salir del helicóptero a pie?! —gritó casi miss Shelf sin disimular su asombro.

—Sí, jovencita —afirmó tan tranquilo el millonario—. Fíjense en mí y síganme. Jim —ordenó con una voz que no admitía réplica—, hágase cargo de la pequeña cinecámara que hay bajo mi asiento y gaste toda la película retratando las esferas. Ponga el obturador, como máximo, a 1/10 de velocidad.

Y sin más, abrió la portezuela de su lado, se sentó en el suelo, sacó las piernas fuera y se fue deslizando hacia abajo.

—-¡Tenga cuidado, mister Strand! —rogó Leticia Shelf, bien puede decirse que en nombre de todos.

—No teman —tranquilizóles el aludido deteniéndose para darse la vuelta—. Suponiendo que yo esté equivocado, tiraré de la anilla del paracaídas y no me sucederá nada.

Y para quitar importancia a su hazaña, aún añadió una pincelada humorística que hizo sonreír a los del «Morning» y gruñir a Jim.

—Como no soy tan guapo como miss Shelf —dijo—contaré hasta cinco sin precipitarme, ¿verdad, piloto?

Y siguió bajando, bajando... ¡hasta que de súbito soltó las manos y se quedó de pie en el aire!

Estaba algo más bajo del nivel de los astillados trozos de hélice que había diseminados alrededor del aparato.

—Si estuviera en el mar —aseguró metiendo la cabeza por la portezuela—, diría que el agua me llega a las rodillas.

Thommas Ressel, Jim Morely y miss Shelf, boquiabiertos los tres y como petrificados, creyeron estar soñando.

—¡Vamos, Jim!... —gritó el millonario para sacarles de la inmovilidad que les daba el pasmo—. Descienda usted ahora por su lado y ayude a mister Ressel. Usted, miss Shelf, venga por aquí.

Los aludidos reaccionaron instantáneamente y la prodigiosa salida al exterior del helicóptero se realizó sin ninguna novedad.

La joven periodista, al quedar en pie fuera del aparato, tuvo idéntica sensación que mister Strand y se subió instintivamente la blanca falda que vestía.

-—¿Verdad que parece que se moja uno? —dijo Maxwell Strand tan sereno como acostumbraba.

Asintió la muchacha con un gesto y, tal era la impresión de estarse mojando las piernas que tenía, miró a sus pies convencida

de que iba a descubrir qué era lo que la sostenía en mitad del aire.

Pero no vio nada. Es decir, sí: Boston y gran parte de estado de Massachusetts, que parecían estarles esperando a todos allá abajo, abajo…, a una profundidad que la hizo marearse.

— ¡Cuidado, jovencita! —la sujetó mister Strand evitando su inminente caída—. Mire siempre hacia delante y no sentirá vértigo.

Ressel y Jim, bordeado que hubieron el morro del inservible helicóptero, ya estaban con ellos. El piloto ya había comenzado a sacar fotografías de los esféricos platillos volantes.

—Adelántese hacia ellos y no deje de retratarlos mientras pueda —le dijo el millonario.

—No… no dispararán, ¿verdad? —exclamó un sincero y temeroso Jim. Sin cesar empero de hacer funcionar la cámara.

—No lo creo —-manifestó Maxwell Strand poniéndole campechanamente una mano en el hombro—. Sigo pensando como siempre: si lo desearan ya hace rato que lo habrían hecho.

El piloto dio un par de pasos en dirección a las bolas y se volvió luego, con el diminuto tomavistas puesto siempre a la altura de su ojo y sin dejar de hacerlo trabajar, para preguntar a su jefe:

—-¿No sospecharán que les amenazo con este chisme?

Mister Strand sonrió.

— ¡Mire que igual me desintegran! —arguyó Jim—. Después de lo que nos está pasando, a mí ya no me extrañaría nada…

— ¡Si le da miedo —terció Thommas Ressel— iré yo mismo! No debemos continuar perdiendo tiempo.

— ¡Oiga, señor periodista…! —comenzó a reponer Jim, enfocándole la cámara y gastando en retratarle unos cuantos metros de película.

— ¡Ni señor periodista, ni nada! —se sulfuró Thommas Ressel palideciendo e irguiéndose en toda su elevada estatura.

—¡Mal color va a sacar en los retratos! —se guaseó el piloto, blanco como el papel también.

Ressel apretó los puños y miss Shelf dio un pequeño grito al ver que los dos hombres iban al encuentro.

—¡Vamos, vamos, señores! —se interpuso el millonario—. Tengan calma, que la cosa no es para tanto. Tan poco probable es que le desintegren a usted, Jim, como que estemos perdiendo tiempo.

—Llevamos aquí… —quiso el del «Morning Press» consultar su reloj de pulsera, cosa que mister Strand evitó sujetándole el brazo a la par que le decía:

—Luego le explicaré lo que pasa, mister Ressel —Y aludiendo a Jim—: Usted, vaya a donde le he mandado.

El rubio piloto obedeció en el acto sin rechistar. Mister Maxwell N. Strand estaba demasiado acostumbrado a dar órdenes y sabía, por tanto, darlas en tono irrevocable cuando lo estimaba pertinente.

Jim, como chapoteado, avanzó tranquilamente por el aire y se fue alejando sin apresurarse. Leticia Shelf, Ressel y el millonario no pestañeaban. Los dos primeros, admirados de lo que estaban viendo; Maxwell Strand, si atento, indiferente al parecer a la suerte que su piloto podía correr, habíase apoyado indolentemente en el tren de aterrizaje del helicóptero y contemplaba la escena con los labios plegados en un gesto que muy bien podía catalogarse entre las sonrisas.

La atmósfera estaba en calma. Las cuatro esferas se mantenían en la misma disposición que solían, en hilera, y no se advertía en ellas ninguna mutación que hiciera sospechar que sus ocupantes, caso de tenerlos en realidad, hubiesen visto a Jim caminar hacia ellas.

Todas permanecían dando vueltas y más vueltas con rapidez en torno a su eje, al diámetro vertical del platillo de bordes imprecisos, según mister Strand.

Reinaba en las alturas una quietud imponente. El gorgoteo que salía de los platillos volantes sin cesar, era como un chorro de adormecedores efluvios que aplastaban el espíritu.

Jim Morely, sin dejar ni un momento de hacer actuar el mecanismo de la máquina tomavistas, proseguía andando con el paracaídas a la espalda.

Llevaría adelantados cuarenta pasos cuando mister Strand, haciendo bocina con las manos, le gritó:

—¡Jim, a las nueve, reunión en el Boston House!

—¡All right! —respondió él, a gritos igual que su jefe.

Y esas fueron las últimas palabras que le oyeron, porque en aquel preciso instante se tambaleó y cayó dando volteretas como un pelele.

Leticia Shelf, colmado con la inusitada espectacularidad de la caída el aguante de sus nervios, a buen seguro que hubiese tenido un ataque de ellos de no haber estado allí mister Strand, quien dijo pausado:

—Tranquilícese, miss Shelf —y su recomendación, si no directamente, también iba dirigida a Ressel, el cual habíase caído de rodillas—. No le pasará nada, ¿Ven…?

Como por arte de magia brotó de las espaldas del piloto un

burujón blanco, que se alargó primero y se ensanchó después hasta adquirir un aspecto redondeado.

—Ya se le ha abierto el paracaídas. Tocará tierra indemne.

— ¡Uf!... —limpióse Ressel el sudor al incorporarse—. Ha sido terrible.

—Imprevisto más bien —repuso impertérrito el millonario.

—-¿Por qué ha caído? —habló con un suspiro Leticia Shelf.

—Ha perdido pie —dijo mister Maxwell N. Strand como si lo acaecido fuera un hecho vulgar que careciera de importancia. Y tomando de bracete a la joven, agregó algo que puso a ésta su negro pelo de punta: —Vayamos ahora nosotros.

—¡¿Pero es que nosotros...?!

—Nosotros —la calmó él con una mentira al ver su desasosiego — vamos de exploración. Intento llevar a cabo un sencillo experimento que nos demostrará la naturaleza de los platillos.

La bella periodista del «Morning Press» dejóse conducir por el millonario, y, con Thommas Ressel pisándoles los talones, abandonaron el helicóptero, horizontal armatoste que desafiaba ¡y vencía! a la gravedad, y continuaba, parado el motor, como clavado en la atmósfera.

Mister Strand no parecía afectado por los extraños acontecimientos que estaban protagonizando. Al verle andar hacia las esferas cogido del brazo de miss Shelf y charlando con ella como si tal cosa, hubiérasele tomado por un turista cualquiera. Un turista al que no faltaba su mochila, que tal era el plegado para- caídas que llevaban a la espalda, y con su preciosa máquina fotográfica oscilando en el costado.

Con la marcha, la sensación de estarse mojando las piernas se les hizo más intensa. A todos les parecía que caminaban sobre algo muy blando, invisible, claro está, que se hundía como una pasta al ser pisado.

—¿Qué es esto, mister Strand? —preguntó el periodista poniéndose a la altura de la pareja de una zancada—. ¿Aire... pastoso?

—No —denegó el millonario—. También yo tuve un momento que echar mano de una suposición tan fenomenalmente increíble como la suya para explicarme lo que ocurre. Pero el aire que nos rodea, sin lugar a dudas, conserva sus características de siempre. No es pastoso, ni semisólido.

Leticia Shelf dio un tropezón con algo que no se veía, y mister Maxwell Strand, solícito, dejó de hablar con Ressel y se interesó:

—¿Se ha lastimado?

—No ha sido nada —murmuró la joven—. Una cosa parecida a un traspié...

Las esferas brillaban al sol. La calma del espacio no se rompía con el ronroneo que les atronaba los oídos. La blanca tela del paracaídas de Jim Morely era como un puntito blanco allá abajo.

El millonario, llegados ya al lugar por donde el piloto habíase caído, se detuvo al borde y obligó a pararse al periodista.

—¿Qué hora es, mister Ressel? —le dijo.

—Las cuatro y diez —respondió el aludido tras haber consultado el reloj de su muñeca.

—Gracias —rió extrañamente mister Strand soltando a mis Shelf —. Procedamos a hacer el experimento que les he dicho. Levanten sobre sus cabezas el brazo derecho y muevan la palma de la mano a un lado y a otro, en ademán de saludar a los platillos. Si en ellos hay alguien y es capaz, que yo creo que sí lo será, no dejará de corresponder. Aunque vengan de Marte o de Venus, nos entenderán. Es un saludo universal. Es como el que tiene hambre y se señala la boca...

El millonario, mientras hablaba, habíase ido yendo hacia atrás despacito y sin que lo advirtieran sus dos jóvenes invitados, absortos repitiendo su saludo a las cuatro ruidosas esferas y dando vueltas en la mente a las consecuencias que tan inquietante experimento -podía tener.

Y cuando más descuidados estaban, de sendos empujones fueron lanzados al vacío con uniformemente acelerada velocidad.

Mister Strand, vistas las reacciones de ambos en el transcurso de la aventura, estaba seguro de que, novatos en aquellas lides, a más de haberse negado en redondo a tirarse por su propia voluntad, se hubieran empeñado en permanecer allí mientras sus pies chocaran con aquella como gelatinosa capa invisible que estaba impidiendo su caída.

Y hubiese sido imposible complacerles. De todo punto imposible. Maxwell N. Strand sabía muy bien cuán imposible habría sido...

Por lo tanto, con objeto de evitarse una enojosa discusión, con el peligro que encerraba ceder ante alguna bien orientada súplica de la bella miss Shelf, pues si al millonario le gustaba presumir de viejo no lo era tanto como para ser insensible a las lágrimas de una guapa chica, de antemano decidió deshacerse de la pareja, como mal menor, de la desusada manera que hemos visto.

En realidad, tal «mal» no existía, ya que los dos periodistas iban equipados con sus paracaídas y sabían que debían contar hasta cinco, sin precipitarse, antes de usarlos.

No se le ocultaba al millonario que la impresión de los del «Morning» iba a ser de las que hicieran época en sus vidas respectivas, pero también se daba cuenta de que la espantosa emoción que les brindaba les vacunaría el espíritu, por así decirlo, y les «endurecería» para futuros riesgos que seguramente tendrían que correr.

Es decir, en el supuesto de que al llegar a tierra no salieran «corriendo» de veras y dijeran empavorecidos que no querían volver a saber nada del asunto de los platillos volantes, en cuyo caso lo proseguiría él solo.

Porque él no estaba dispuesto a desperdiciarlo. No habían sido vistos los artefactos en ninguna ciudad remota, como solía suceder y luego todo quedaba en borrajas, sino en el mismo Boston. Y no eran referencias lo que de ellos tenía, sino la certidumbre de su existencia, pues que aún estaban volteando los cuatro frente a él, a lo lejos, y gorgoteando.

Miró a sus espaldas, vio al helicóptero gris comenzar a «picar» y no se entretuvo más. Levantó la diestra come si efectivamente saludara a los posibles tripulantes de los platillos, y se tiró de cabeza…

… …

Al sentirse precipitados al abismo, Thommas Ressel quiso ofrecer desesperada resistencia y volverse contra mister Strand, y Leticia Shelf quiso proferir un grito de pavor.

Pero ni el primero logró sus propósitos, ni la segunda el suyo. El no encontró dónde agarrarse y el viento de la caída le amordazó despiadado a ella.

Pese a caer dando vueltas, ni el uno ni el otro se vieron hasta mucho después. Sus sobresaltados nervios no les dejaban captar más que una cosa: ¡la Tierra subía a ritmo aceleradísimo!…

Sabiendo a ciencia cierta que caían, no lo notaban, antes al contrario, que la ilusión de que ascendía el suelo era perfecta. Mas no dejaron de darse cuenta de que, en resumen, ya fuese arriba, ya abajo, la muerte les esperaba.

Y se rebelaron. En balde, pero se rebelaron. Y abriendo y cerrando las manos, trataron en vano de asirse a algo, sin dejar de dar volteretas, cada uno por su lado siempre, hasta que recordaron a la par los paracaídas.

— ¡Uno!… —pensó con todas sus fuerzas Ressel.

— ¡Tres!… —gritó con el pensamiento Leticia Shelf, saltándose aposta los dos primeros números, no fuera a ser que se

estrellara antes de llegar a cinco.

— ¡Dos!... —trató de pronunciar el periodista, sin conseguirlo, notando en sus oídos un silbido extraño.

— ¡Cuatro!... —exclamó la mente de la joven, aterrada al intentar respirar y no poder.

— ¡Tres!... —le salió a Thommas Ressel una especie de rugido por la boca.

— ¡Cinco!... —sollozó miss Shelf medio asfixiada, tirando al tiempo de la anilla del paracaídas sin que por ello se detuviese en su vertiginoso descenso, cosa que la aterró.

—¡¡Cuatro!! .. —apretó las mandíbulas el del «Morning».

Miss Shelf, que seguía tirando de la anilla con desesperado afán, sintió de improviso un tremendo tirón que pareció desarticular sus miembros, y notó como si la Tierra se hubiera parado.

—¡¡Cinco!!... —terminó de contar Ressel, rebasando como una centella a la muchacha, agarrando nerviosamente su anilla.

Y mister Strand, que caía como una piedra tras ellos, suspiró al ver que los paracaídas de los periodistas habían funcionado.

CAPÍTULO III

MISS THUNDERING TOMA CARTAS EN EL ASUNTO

CUANDO mis Thundering, una rubita de muy buen ver que era la primera

secretaria de mister Maxwell N. Strand, abrió la puerta del despacho particular de éste, en el Boston House, y se encaminó lentamente a la soberbia mesa escritorio de su jefe, el reloj de pared que había en la habitación dio la campanada correspondiente al cuarto de las cuatro.

Ya que hubo Llegado a la mesa, alineó con exquisita precisión la escribanía y el cenicero de oro, cambió de lugar el secante y el pisapapeles y rectificó la posición de la carpeta de cuero repujado...

Eran «detalles» de miss Thundering. Detalles de buen gusto. No es lo mismo que una cosa esté en un sitio que en otro. Cada cosa debe tener su lugar y cada lugar su cosa. Nada de mezclas absurdas ni de barullos. Exactitud y elegancia.

Ese, «exactitud y elegancia», de haber tenido miss Thundering que buscarse uno, podía haber sido su lema. Le venía que ni pintado. Lo primero, porque no toleraba desplazamientos de más de una milésima de milímetro ni en los objetos ni en los muebles, y lo segundo, porque adondequiera que ponía sus pálidas manos, de largos dedos «espirituales» que parecían tener vida propia, dejaba la inconfundible y distinguida huella de su paso.

Dicho lo que antecede, se comprenderá el disgusto que se llevó la primera secretaria del millonario al encontrarse sobre la carpeta, en «confuso montón», media docena de fotografías «desentonando del ambiente» de suprema elegancia del despacho.

Las cogió de mala manera, y tentada estuvo de tirarlas a la papelera. Menos mal que la papelera estaba siempre vacía, pues también habría desentonado de haber contenido algo, si no...

Sin saber qué hacer con los retratos, los miró uno por uno y se mordió el labio inferior. Sentóse pensativa en la butaca de mister Maxwell N. Strand, y luego, con irresistible impulso, apretó uno de los botoncitos del teléfono múltiple.

—Mistress Perkins —dijo—, póngame una conferencia urgente con Chicago. Tome nota. Uno, cuatro, seis, seis, cinco, uno, cero, dos. Departamento de Psiquiatría del doctor Waist. Repito: Waist.

Alfred S. Waist. Departamento de Psiquiatría.

—¡All right! —saltó metálica la voz de la telefonista por el aparato.

Miss Thundering se puso en pie y salió de detrás de la mesa. Sus movimientos eran asimismo elegantes y exactos. Cronométricos casi. Su felino andar tenía ritmo personalísimo. Ritmo que, de habérselo propuesto, así lo creía ella al menos, podía haber dado la vuelta al mundo transformado en paso de baile.

No se podía negar, desde luego, que era «melodioso». Y decimos melodioso porque, con su silencioso taconeo, arrancaba gotitas de sonido a una pulsera de cascabeles que solía llevar a diario alrededor de su estilizada muñeca.

Una pulsera de oro, ni falta habría hecho consignarlo, en consonancia con el resto de su atuendo, impecable y deslumbrante de la cabeza a los pies.

Porque es que la miss, si bien con más años a las costillas de los que para su forzosa soltería eran convenientes. Sabía vestir, y su tipo, por otra parte, se prestaba para que le sentaran como un guante cuantos trapitos se ponía.

De que tenía buena percha miss Thundering daba fe el hecho de que más de cuatro bostonianos, en plena calle, con los ojos en blanco, le habían dicho «¡qué bien luces!» y «me gusta verte caminar», tremendos requiebros ambos que por lo descarados habían obligado a palpitar con furia su corazoncito.

Y en tres ocasiones a lo largo de su vida, la primera cuando mister Strand se divorció de su segunda esposa, la segunda al terminarse la última guerra mundial y la tercera hacía escasamente dos años, la había llamado «guapa».

«Guapa» a secas. Sin embargo, como el piropo tampoco era manco, miss Thundering supuso siempre que el príncipe de sus sueños estaba al caer. Pero no. Los apuestos jóvenes que se atrevieron a tanto, recogieron velas indefectiblemente, ¡ay!, y desaparecieron como por ensalmo.

Teniendo en cuenta lo poco dados que los americanos son a las flores, sentemos sin discusión, pues, que la rubita era una mujer bandera de retrecheros andares, y digamos ya tan sólo de ella que sus ojos eran azules y que a la sazón vestía de negro, cosa que, si cabe, hacía aún más patente su natural elegancia.

No tenía, empero, en aquellos instantes miss Thundering cara de demasiados amigos. Si alguien la hubiese visto por un agujero, o por la puerta del despacho que, por haberlo olvidado al entrar, estaba cerrando ahora, hubiera notado en el acto encorvados sus finos labios en un rictus entre irónico y cruel, que «desentonaba»

con la hierática expresión habitual de su semblante.

Se separó de la puerta, tomó asiento en el butacón de cuero que ocupara miss Shell cuando estuvo antes con el millonario, cruzó las piernas y se puso a repasar las fotografías de las blancas esferas temblorosas.

No tuvo que esperar mucho rato. Apenas cinco minutos después el timbrazo del teléfono la sacó de una especie de abstracción en que se hallaba sumida y la hizo levantarse y acudir a la llamada.

—«Hallo»… dijo con melosa entonación. Y como nadie respondiese, repitió un poco más fuerte—: ¡«Hallo»! ¡¿Chicago…?! ¡Ah!… Buenas tardes, doctor Waist. No; no es de parte de mister Strand.

«Soy miss Thundering, su primera secretaria.

No. Todavía no le ha sucedido nada. Pero creo que es importante lo que le puede ocurrir.

Me fundo en que está relacionado con platillos volantes.

Sí, sí, ha oído bien, doctor Waist. Con platillos volantes nada menos. ¿Opina usted que será grave?

Con mucho gusto le contaré lo que sé. Escuche, por favor. Hace una hora llegaron dos periodistas del «Morning Press», y se encerró con ellos en su despacho durante catorce minutos, casi quince… Bueno, el caso es que han salido de estampida los tres y se han lanzado como locos al ascensor. Yo he ido con ellos a la azotea, dispuesta a impedir que mister Maxwell Strand cometiera algún desaguisado…

Sí, sí, ya sigo.

¿Cómo…? ¿Qué de qué hablaban? ¡De algo incomprensible, doctor!… Los periodistas, un hombre y una mujer, afirmaban que por nada del mundo dejarían de averiguar la procedencia de cuatro esferas que decían haber visto por la ventana, y se lamentaban de no tener experiencia en esa clase de aventuras…

¿Lo que hablaba mister Strand? ¡Que no se preocuparan, que él les pondría al corriente y dirigiría la aventura!… ¡Qué aunque tuvieran que ir a Marte o a Júpiter, o adondequiera que hiciera falta, estaba decidido firmemente a no desperdiciar tan maravillosa oportunidad!

—¿En la azotea…? Han subido a bordo del helicóptero gris en compañía de uno de los pilotos, que ya les aguardaba, y me han dejado en tierra con la excusa de que no cabía en el aparato.

¡Como lo oye, doctor! Se lo estoy contando sin poner ni quitar punto ni coma,.

Sí, pero es que lo extraordinario…

¡Sí!...

¡Pero si es que lo extraordinario...!

Mire, doctor Waist...

¿Cómo dice...? ¿Monomanía...?

Es que lo extraordinario... Psicosis..., ¿qué...?

¡Espere, por favor, no siga diciendo palabras raras! ¡Déjeme explicarle antes una cosa!

¡Naturalmente que tiene importancia, doctor Waist!...

¡Pero si hace cincuenta segundos que estoy intentando decírselo!

¡Lo extraordinario es que cuando he vuelto al despacho del piso 54, he encontrado sobre la mesa unas fotografías de cuatro bolas blancas, dispuestas en línea y como colgadas en el espacio!

Tal vez... Tal vez sean clisés superpuestos, no lo discuto.

¿Qué es esa la única explicación? Yo no entiendo de eso.

Con mucho gusto, doctor Waist —miss Thundering miró por el reverso los retratos y comunicó a su interlocutor de Chicago, quien, pese a haberlo oído ella sola, se lo había preguntado:— Hay las siguientes anotaciones: Georgia, en todas igual, escritas con letra picuda, de mujer, y la fecha de ayer.

¡Claro que estoy segura, doctor! ¿Por quién me toma? Come no esté con tinta invisible... ,

No, si no me enfado. Discúlpeme usted si mi tono ha sido un tanto subido, es que...

¡Está perdonado, no faltaba más!

¿El avión de las cinco...?

Bien, doctor Waist. Como a usted le parezca.

Estaré pendiente de su llegada.

¡Oh, qué amable...!

¿Qué diría su esposa?

¡Oh, ¿de veras es usted soltero?!

¡Qué amable, pero qué amable!...

¿«Salpicada de...»? Repítamelo, se lo ruego. No lo he oído...

¡Oh...!

Hasta luego.... doctor... Waist.»

Y miss Thundering, ampliando la picaresca sonrisa de complacencia que iluminaba su rubicunda faz, teñida hasta las orejas por un intenso rubor, colgó el auricular con desmayado gesto y suspiró:

—Mistress Waist... Mistress Waist...

Y se dispuso a contar impaciente las horas que faltaban para

que llegara de Chicago el «amabilísimo» doctor Alfred S. Waist, el cual, amén de pedirla con gran interés que saliese al aeródromo a esperarle, había tenido la gentileza de afirmar que tenía ella la voz «como salpicada de cascabeles».

Aquel chicoleo podía querer decir mucho... Suspiró al paladear nuevamente la galantería que rezumaba la frase, preciosa a su entender, y con ademán instintivo, como si tratara de arreglarse algún rizo de su exacto peinado, se llevó la mano izquierda a la cabeza.

Y de súbito, como si un rayo le hubiese caído de improviso encima, miss Thundering palideció y clavó sus azules ojos en su pulsera de cascabeles...

Y por sí o por no, por ver si el doctor le había hablado en sentido figurado, o si debía interpretar al pie de la letra la frasecita de marras, la primera secretaria de mister Maxwell N. Strand, tirando con rabia las fotografías de los platillos volantes sobre la mesa, en donde cayeron en un desorden nada elegante, salió del despacho dando un portazo imponente para subrayar a conciencia su determinación de ir al aeródromo a esperar al doctor Waist, sin sospechar ni por asomo que iba a ser la causa de su misteriosa e inexplicable desaparición.

... ...

A partir del momento en que se abrieron los paracaídas de los periodistas, el descenso no tuvo ya para éstos ninguna dificultad.

Recuperando ambos a ojos vistas el dominio de sus nervios, tanto miss Shelf como Ressel se limitaban a dejarse llevar.

No temían nada ya. Pasado el «trago», observaban con curiosidad cuanto tenían a sus pies.

Suavemente mecidos por un vientecillo juguetón procedente del mar, se hacían la idea de ser los dueños del espacio.

Tan a sus anchas se encontraban surcando el aire arrullados por el incesante gorgoteo de los platillos volantes, que casi deseaban no llegar nunca a tierra.

Leticia Shelf, unos cien metros por debajo de ella, veía perfectamente la hinchada semiesfera del paracaídas de su altísimo compañero de redacción. Si el viento, que les daba de espalda no les separaba, tendrían la suerte de caer juntos y podrían ayudarse mutuamente.

—¡Miss Shelf, miss Shelf...!

Volvió la bella joven la cabeza al oír que la llamaban por detrás, y con el alegrón consiguiente vio al millonario, a su misma altura,

bamboleándose en la punta de su paracaídas a menos de cincuenta metros del suyo.

Levantó el brazo para saludarle y el descenso continuó sin que la muchacha se percatase del peligro que estaba corriendo.

Estando al mismo nivel los dos paracaídas, si una ráfaga de viento llegaba a juntarlos, tanto mister Strand como ella podían darse por muertos. Enredadas las cuerdas, caerían a plomo y se destrozarían contra el suelo.

Suerte que el millonario, avezado paracaidista, a fuerza de saltar y moverse, gracias también a que su peso era mayor que el de miss Shelf, logró situarse debajo de ésta, con lo que el riesgo se esfumó.

Thommas Ressel llegó a tierra sano y salvo. Estaba en un abrupto paraje, pedregoso campo inculto de los alrededores de Boston, cruzado de parte a parte por una vía de ferrocarril y limitado por uno de sus lados por una carretera que iba a la ciudad; carretera que distaba más de kilómetro y medio de donde el periodista se encontraba, dicho sea de paso.

Poco después aterrizó mister Strand, el cual, apenas que se hubo desprendido de su paracaídas, corrió como un gamo hacia el sitio donde Leticia Shelf iba a caer.

El viento soplaba fuerte ahora y tenía que ayudarla para que el paracaídas, antes de desinflarse, no la arrastrara por los suelos. Pero no tuvo que intervenir el millonario.

Miss Shelf, haciendo gala de una fuerza que nadie hubiera sospechado en ella y de una pericia impropia de su escasa experiencia en aquellos lances, dominó el intento de su paracaídas y consiguió aplastar en el suelo su abombada tela mucho antes de que la alcanzase mister Strand.

— ¡Bravísimo, miss Shelf! —exclamó éste encantado cuando llegó a donde ella estaba—. Su aterrizaje ha sido perfecto.

—Suponía que sería más difícil —dijo ella con ingenua sinceridad—. No obstante —añadió mirando las erosiones que se habían hecho en las manos al tirar de las cuerdas—, deberían inventar algo para que los paracaídas se desinflasen automáticamente.

—¿Por ejemplo...? —preguntó el millonario mirando a los platillos que seguían como colgados en el cielo.

—¿Qué sé yo, mister Strand? —sonrió ella—. Tenga presente que con esta y otra serán dos las veces que doy semejantes saltos. Pero ya lo pensaré.

Thommas Ressel llegó corriendo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —inquirió jadeante.

Leticia Shelf soltó una cristalina carcajada.

—¡A ver cuando deja esa muletilla, hombre! —repuso entre risas —. Ni que se le hubiese quedado pegada.

—Lo siento, miss Shelf —se excusó él visiblemente turbado—. Ya sabe es para mí como una pesadilla...

Mister Strand enarcó las cejas sin saber de qué estaban hablando y, por si ellos tenían algo secreto que comunicarse, optó por alejarse para facilitarles la conversación.

—No se vaya, mister Strand —le llamó el periodista—. No hay inconveniente en que sepa usted a qué nos referimos.

—No tiene importancia —aseguró la muchacha sentándose sin melindres a descansar en el santo suelo, junto a la vía.

—Es que el jefe de redacción del «Morning» —explicó Ressel—- me encargó no hace mucho de buscar un «slogan» para la sección de espectáculos. Hice cien, más, doscientos... ¡Yo qué sé!.... Ninguno le gustaba...

El millonario, un tanto perplejo, se sentó llanamente al lado de miss Shelf y se puso a mirar a las esferas en espera de que el periodista dejase de hablar, y este último, tomando asiento también, prosiguió diciendo:

—El caso es que al fin...

—No puede imaginarse lo que sucedió —interrumpióle la joven para llamar la atención del millonario, el cual, bien puede decirse, estaba en las nubes—. Fue algo verdaderamente «de película».

—-AI fin, un buen día, cuando ya el jefe tenía sobre su mesa un informe montón de cuartillas, va y me dice que ya ha encontrado el «slogan» que deseaba. ¿Y a que no sabe usted cuál era?

—«¿Y qué vamos a hacer ahora?» —-respondió con su característica seriedad mister Strand—. Suelo leer su sección, mister Ressel.

—Gracias. ¿Pero a que no sabe qué tal «slogan» era el primero que escribí ¿en la primera cuartilla! ?

—Es curioso. ¿Y no se disculpó el jefe de redacción?

—Sí, se disculpó. Dijo que se había creído que aquello era ¡el título!

El ruido del gorgoteo de los platillos se amplificó con extraños ecos, y al levantar la cabeza vieron a los cuatro ponerse en movimiento y desaparecer velocísimamente en el espacio sin dejar ni un momento su alineada posición.

—Volveremos a encontrarlos —prometió mister Strand—. Es decir, si ustedes... no abandonan.

—Yo no abandono —prometió el periodista impetuosamente.

—Yo tampoco —dijo con toda sencillez miss Shelf tirando una piedrecita a las traviesas.

—¿Están… seguros? —quiso asegurarse el millonario mirándoles más serio aún de lo que solía.

—Ya se lo hemos dicho esta tarde —le recordó la guapa miss Shelf—. Yo no me vuelvo atrás.

—Por lo que a mí respecta —dijo Ressel ceñudo—, a pesar de que tampoco me vuelvo atrás, confieso que hay varias cosas que me hacen temer…

Y se detuvo.

—Siga —le invitó mister Strand—. Dígame lo que sea. Si se refiere al empujón…

—No, no es eso. No tuvo maldita la gracia, pero comprendo que no debo quejarme. Al subir a la azotea dimos a usted carta blanca para que nos dirigiera como lo creyese oportuno. No sé miss Shelf lo que pensará de ello. Yo, por mi parte, le agradezco la experiencia que me ha hecho adquirir.

—Igual digo, mister Strand. De no ser por su… iniciativa, jamás me hubiese tirado por allí.

—Usted dirá entonces en qué consisten sus temores, mister Ressel. Dese cuenta de que yo no puedo adivinarlos.

—No sé si atreverme…

—Le agradecería que lo hiciera, se lo aseguro. Excuso decirle que está picando mi curiosidad.

—Pues bien —se puso en pie el periodista y se plantó en jarras delante del millonario—, pongamos las cartas boca arriba. Usted tiene muchos millones de dólares, mister Strand, muchos más de los que, en este caso concreto, serían precisos para mi tranquilidad… Porque es que temo que esos platillos sean de su pertenencia; temo que los haya mandado construir con fines publicitarios por ejemplo; temo, en una palabra, que nos esté usted tomando el pelo.

CAPÍTULO IV

MISTER STRAND SE EXPLICA

EL correo de Chicago, recién salido del Estado de Illinois, impulsado por sus cuatro motores que rugían canciones de velocidad atronando el «techo» del aparato, volaba rumbo a Boston sobre el Estado de Indiana.

Era un enorme avión plateado que lanzaba destellos cegadores al ir clavando en el aire los berbiquís de sus hélices.

En el interior del fuselaje, a lo largo de él en las mullidas butacas tapizadas de amarillo cromo que había a derecha y a izquierda, se sentaban hasta dos docenas de pasajeros, uno de los cuales era el doctor Alfred S. Waist.

De unos cincuenta años, vestido con toda corrección de azul marino, leía una revista científica y fumaba con fruición un largo cigarrillo de boquilla dorada, ajeno a cuanto había a su alrededor.

Por eso fue el único pasajero que ni advirtió cómo aparecían de repente cuatro globos blancos en la atmósfera, ni vino a enterarse del asunto hasta que ya era tarde. Muy tarde. Inconcebiblemente tarde.

Aunque debemos prevenir que cuando los pilotos y los demás pasajeros vieron los esféricos artefactos la suerte del cuatrimotor estaba ya echada, no podemos dejar de decir que si lo hubiesen abandonado en masa, la suerte de aquellas veintinueve personas habría sido muy otra.

Cierto es, y vaya en descargo de ellos, que ni el piloto, ni el copiloto, ni el mecánico, ni el radiotelegrafista temieron ni un segundo que las blancas esferas pudieran chocar con el cuatrimotor. Colocadas en dos filas de a dos, unas a un lado y las otras al otro, separadísimas del aparato todas cuatro, no existía ni remotamente el peligro de una colisión.

Y no existiendo tal peligro, no se les alcanzó de momento qué otro podía amenazarles.

Comenzaron, no obstante, a sospechar algo cuando el radiotelegrafista se dio cuenta de que su receptor había perdido contacto con Michigan y de que el transmisor de a bordo no funcionaba.

Fue una sospecha vaga que ninguno se atrevió a manifestar de viva voz. Podían ser averías normales y no era cosa de atribuirlas a las fantásticas bolas blancas, las cuales, alejadísimas, formaban un inmenso cuadrilátero por cuyo centro, de seguir el cuatrimotor el rumbo que llevaba, tendría que pasar necesariamente.

La sensación de peligro se acrecentó, si bien sin presagiarlo inminente, cuando el piloto trató de variar la ruta y no pudo. Los mandos no acusaban anormalidad alguna y, sin embargo, el aparato continuaba recto como una flecha por más que el piloto se esforzase en lo contrario.

Procuró entonces el hombre descender y elevarse, y tampoco obtuvo el menor éxito. Unas tras otras, todas sus maniobras fracasaban. Y tuvo que darse al fin por vencido y comunicar a la azafata que ordenase suavemente al pasaje ponerse los cinturones... por si acaso, mientras el copiloto, tan perplejo ya como todos, hacía inauditos esfuerzos para torcer el inflexible rumbo del tozudo cuatrimotor.

Los pasajeros, excepto el doctor Waist, que ensimismado con su revista ni oía ni veía nada, achacaban la presencia de las bolas —dieron en llamarlas «bolas»— a varias compañías de los más dispares productos: las cuales, con el sencillísimo método que estaban viendo, les darían a conocer cuando estuviesen más cerca, el nombre de alguna de sus especialidades.

—Reconozco que el sistema es original —decía un señor muy circunspecto que vestía un temo marrón y se tocaba con una gorra de viaje—, pero si el ejemplo cunde, pronto va a pasar en las rutas del aire como en las carreteras: anuncios por aquí, anuncios por allá...

—Estos son tan blancos, que sólo pueden hacer propaganda a un dentífrico —opinó el grueso y calvo que iba a su lado poniéndose las manos en el centro de su vientre—. Ya verá usted, mister Sharper, como llevo razón. Si yo tuviera que anunciar un dentífrico...

—Me apuesto mil dólares a que se trata de algo relacionado con las salchichas —propuso un señor chiquitín que era viajante de comercio y llevaba barba—. El otro día vi en San Francisco unas bolas parecidas a estas y...

—¡Un peligro, un peligro!... —lamentábase una señora ya entrada en años que se sentaba junto al doctor Waist—. No reparan en nada. Con tal de hacer propaganda, hay gente capaz de poner en peligro la vida de los demás. ¡Mire usted que como se enganchen las cuerdas!...

—Hum!... —respondió el doctor, sin enterarse en absoluto ya no

lo que le habían dicho, sino ni siquiera de que le habían hablado a él.

— ¡Oiga, mister Sharper! —exclamó de pronto el viajante de comercio dándose media vuelta en su asiento para mirarle—. ¿No podrían ser satélites artificiales?

— ¡Vamos, mister Loockwood! —ríóse en sus barbas el aludido—. ¡Qué imaginación gasta usted! ¿No comprende que los satélites artificiales tienen que estar a mucha mayor altura?

—Pero bueno, digo yo —arguyó el viajante—, de alguna manera tendrán qué mandarlos a lo alto, ¿no? ¿Pues por qué razón no va a ser posible entonces que estén ahora subiendo?

—¡Hombre —intervino un agricultor del Yucatán que iba a Boston desde Quintana Roo a comprar maquinaria—, cabe... cabe la posibilidad!...

—Y si me apuran un poco —prosiguió el locuaz hombrecito de las barbas animado por las palabras del yucateco—, hasta estoy por afirmar que son platillos volantes.

La divertida sonrisa que todos bosquejaron, murió a flor de labio cuando la azafata, avanzando pasillo adelante hacia la cola del avión, dijo en voz muy alta:

— ¡Señores pasajeros, como pura medida preventiva, sírvanse ponerse los cinturones de seguridad!

— ¡Hay peligro, hay peligro!... —sollozó la señora que estaba junto al doctor Waist—. ¡Ya lo decía yo!...

—No es que haya peligro, mistress Milnor —la tranquilizó como pudo la azafata—, es que puede llegar a haberlo y debemos estar prevenidos. No tenga ningún miedo. El piloto ha hecho este mismo viaje setecientas quince veces, conque... Déjeme ayudarla.

Y así diciendo, la joven procedió a hacer lo que pedía. Y después de que le hubo puesto su cinturón a mistress Milnor, corrió de un lado a otro del aparato prestando ayuda y dando consejos a cuantos se lo solicitaban.

Mientras tanto, el doctor Alfred S. Waist, enfrascado en la lectura del interesantísimo artículo psiquiátrico de la revista, permanecía impasible. Sentado como estaba, con la espalda apoyada en el respaldo de la butaca y con la revista delante del pecho, aunque la activa azafata pasó muchas veces por su lado, no se figuró ni remotamente que no llevaba abrochado su cinturón.

Al verlo tan tranquilo, la muchacha, que tenía su experiencia y sabía que cada individuo tiene una forma peculiar de reaccionar ante el peligro, se limitó a suponer que el célebre psiquiatra de Chicago era de los que gustan ignorarlo hasta que no hay más

remedio que hacerle frente.

En la carlinga, azorados todos los miembros de la tripulación, sin abandonar, no obstante ninguno su puesto, desde luego, el piloto no sabía qué partido tomar.

El cuatrimotor plateado proseguía (horadando el aire sin que en sus potentes motores se notasen fallos.

El radiotelegrafista y el mecánico trabajaban a toda prisa buscando las averías.

Las bolas blancas, a medida que se iban acercando a ellas, parecían separarse más y más. Si algún peligro encerraba el hecho de que el aparato sólo se desplazase en línea recta, no sería ciertamente el de un encontronazo.

Cuando comenzaron a rebasar el vertical cuadrado que delimitaban en el cielo, como si se fuera haciendo de noche, empezando por la proa y terminando por la popa, algo así como una mancha negra fue cubriendo el interior del avión y lo sumió en la más total oscuridad.

Entonces fue cuando el doctor Waist volvió a la realidad; pero ya era tarde, muy tarde… Inconcebiblemente tarde.

… …

El millonario miró sin pestañear a la cara de Thommas Ressel, y luego bajó la cabeza, tragó saliva y le dijo con su típico aplomo:

—Supongo que basará usted en algo esos absurdos temores.

—Naturalmente que los baso.

—-Veamos, pues.

—Primero —se lanzó Ressel con vehemencia—, usted afirmó que esos platillos eran «de colores», pese a que nosotros les veíamos «blancos»; segundo, usted «sabía» que nos habíamos parado en el aire; tercero, usted salió «tranquilamente» del helicóptero; cuarto…

—¡Espere, espere!… —levantó la mano mister Strand para detener la avalancha de cargos que se le venían encima—. Haga el favor de sentarse y vayamos por partes. Como periodistas que ustedes son —siguió diciendo así que Ressel se hubo sentado—, hágame un interviú si lo desean. Pero, se lo ruego, pregunten con cierto orden.

—De acuerdo —consintió el periodista sintiéndose en su elemento. Y disparó su primera interrogante—: ¿Qué experimentó al ver las fotografías de miss Shelf?

—Asombro. Me di cuenta en seguida de que, aun en el caso de que fueran amañadas, eran unos trabajos asombrosamente bien realizados.

—¿En qué pensaba —preguntó miss Shelf a su vez—- cuando nos dijo que estaba dispuesto a admitir que los platillos no procedían de la Tierra «mientras no se nos demostrase lo contrario»?

—Pensaba en la posibilidad de que en las fotografías hubiera algún truco.

—¿Está usted seguro de que las esferas son en realidad «platillos verticales»?

—Casi me atrevería a jurarlo. Únicamente siendo como yo creo que son, puedo explicarme ese alargado núcleo que se les ve en el interior.

—¿Afirma usted que las esferas blancas están pintadas de veras con los siete colores del arco iris? —volvió a la carga Ressel.

—Sí —respondió el millonario sin vacilar—. Lo afirmo.

—-¿Cómo está tan seguro?

—-Lo he visto con mis propios ojos, mister Ressel.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba con ustedes dos en mi despacho del piso 54 del Boston House. Recuerdo habérselo dicho.

—Yo vi los platillos «blancos» y miss Shelf también. ¿Cómo es que usted los vio coloreados?

—Depende, sin duda, de que yo moví rápidamente la cabeza a un lado y a otro.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Unos profundos bocinazos, procedentes de un «Talgo» que se acercaba velozmente vía adelante, les hizo ponerse en pie y alejarse unos pasos.

—Cuando esté el tren frente a nosotros —dijo el millonario a guisa de contestación—, muevan de prisa la cabeza como diciendo que no. Verán como «dominan» la velocidad del convoy, por mucha que traiga, y captarán detalles de él que les pasarían totalmente desapercibidos si permanecieran quietos. Es algo así como si le hicieran fotografías instantáneas. ¿Comprenden lo que quiero decir?

Sí, los dos periodistas comprendían. Y como el «Talgo» pasaba ya frente a ellos, movieron cuanto pudieron sus respectivas cabezas.

— ¡Es asombroso! —exclamó miss Shelf tambaleándose cuando el raudo tren acabó de pasar—. ¡He visto fracciones de él con la misma precisión que si hubiese estado parado!

—En efecto —asintió Ressel, mareado lo suyo igualmente—. Yo he distinguido en el coche restaurante a una mujer de pelo amarillo, ojos azules, labios rojos, vestido negro, que llevaba una pulsera de bolitas en la muñeca izquierda, tomando algo en una taza blanca...

—Es curioso —dijo el millonario—. Ese parece el retrato de miss Thundering...

— ¡Ella era!... —aseguró Thommas Ressel—. ¡Claro que sí! La señorita que subió con nosotros a la azotea y se quedó luego en tierra cuando nos elevamos en el helicóptero.

—No sé a santo de qué se le habrá ocurrido salir de Boston —refunfuñó mister Strand como para sus adentros. Y después preguntó a los periodistas del «Morning» con tanta tranquilidad como siempre—: ¿Qué opinan ahora...?

—Daremos por buena su explicación —dijo la joven—. Creo que «pudo» ver los colores de los platillos.

—Así pienso yo también —corroboró Ressel—. Sigamos la interviú.

—Sigamos, que por mi parte no ha de haber inconveniente. Pero vayamos andando hacia la carretera. Jim no aparece y tendremos que volver a Boston practicando el «auto-stop».

Y echaron a andar. Miss Shelf, en medio; el millonario a su derecha y a su izquierda Ressel.

—¿Sabía usted que nos íbamos a detener en el aire? —inquirió éste.

—No, señor —contestó mister Strand.

—¿Cómo se dio cuenta del suceso?

—¿De qué suceso?

— ¡¿De qué suceso?! —se admiró el alto periodista—. ¿De cuál va a ser? Nos quedamos detenidos en plena atmósfera y aún pregunta que a qué suceso me refiero.

—Mire, mister Ressel, siento de veras desilusionarle, pero a no ser que desee que le tomen por loco, no diga a nadie que se ha quedado alguna vez detenido en el aire. Eso es imposible. Ustedes saben muy bien que la atmósfera es un fluido incapaz de sostenernos nada más que porque sí flotando en su seno.

— ¡Pero si usted mismo lo dijo!...

—Perdóneme, miss Shelf, pero el que dijo tal cosa fue Jim...

—¡Usted le indicó que «siempre» estábamos a la misma altura!

—Y así era, efectivamente.

—-Luego no caíamos. Si la altura ni disminuía ni aumentaba, era que estábamos parados.

—Así «parece», así «parece»... —recalcó ostensiblemente sus palabras el millonario.

—-No es que «parece» —gruñó Thommas Ressel malhumorado— es que «es».

—Si lo toman ustedes así —sonrió mister Strand al ver los semblantes de sus compañeros—, no tengo inconveniente en aceptar que «es». Pero vean esto.

Se detuvo, cogió un pedrusco del suelo y lo tiró a lo alto.

—¿Han visto? —dijo caminando de nuevo en cuanto la piedra volvió al suelo.

—¡Sí, ¿y qué?!

—¡Por Dios, mister Ressel! —quejóse mister Strand del tono incisivo empleado por el del «Morning Press»—. Deme un margen de confianza antes de juzgarme. Yo les demostraré que pueden confiar en mí —Y les preguntó seguidamente—: ¿Se ha detenido esa piedra en el aire? Desde luego —se contestó solo—, se ha detenido. Ha subido con movimiento uniformemente retardado y ha tornado con movimiento uniformemente acelerado. Pero entre una y otra normalidad de movimiento ha habido un instante, una fracción de segundo, en el que ha permanecido «quieta». Sin movimiento ni retardado ni acelerado. «Inmóvil» —recalcó—. ¿Están de acuerdo?

— ¡Naturalmente! —exclamaron a dúo los periodistas.

—Pues eso es lo que nos ha pasado a nosotros.

—Aceptado —habló Ressel enfático—. Hemos ascendido en el helicóptero, nos hemos detenido y hemos vuelto a bajar. Me alegro de que convenga al fin que hemos estado parados. Continúe, por favor.

Pero mister Maxwell Strand, sin perder nunca su envidiable calma, haciendo caso omiso del ruego del periodista, le preguntó de buenas a primeras:

—¿Lleva usted buen reloj?

Thommas Ressel se encogió de hombros con fastidio, al parecerle que el millonario intentaba salirse por la tangente, y Leticia Shelf le propinó un codazo.

—Es barato —dio contestación por cortesía—, pero marca la hora exacta.

—Mi reloj —dijo Maxwell Strand como presumiendo— es carísimo, mister Ressel. Y el que había en el helicóptero gris —agregó— también era carísimo. Son relojes «de millonario», amigo mío. Cuestan muchos dólares, pero tienen una precisión extraordinaria, Me los hacen en Suiza de encargo…

—¡Enhorabuena! —-murmuró el del «Morning», Y añadió en alta voz para cortar aquella ostentosa alabanza que el millonario estaba haciendo de sus relojes—: No sé a qué viene todo esto…

—-Pues viene, mi querido amigo, a que hemos estado detenidos en el aire desde las cuatro y diez… hasta < das cuatro y diez».

—¡¿Qué…?!

—¡¿Cómo…?!

Como ya estaban al borde de la carretera, dejándolos con la palabra en la boca, mister Strand, saltándose ágilmente la cuneta, se puso a hacer señas a cuantos vehículos pasaban en la dirección que les convenía. Y tanta suerte tuvo, que cuando miss Shelf y Ressel llegaron a donde estaba, ya tenía detenido un desvencijado camión, a cuyo conductor estaba preguntando:

—¿Puede llevarnos a Boston, amigo?

—¿Pueden pagar algo, amigo? —preguntó el aludido al millonario, sacando la cabeza por la ventanilla—. Apenas me queda gasolina.

—Desde luego —repuso mister Strand echando mano a la cartera—. ¿Tiene suficiente con 100 dolores?

—¡Oiga, amigo, que yo no quiero vender el camión!

—Tampoco yo se lo compro, amigo. Deseo, solamente que nos lleve al Boston House.

—¡Co… como me llamo Peter, que por… por esa cantidad les… les llevo «hasta empujando!

—No necesitamos tanto. Ahora que si quisiera dejarnos la cabina y subir usted atrás, se lo agradeceríamos. Al final del recorrido le daremos otros cien dólares por la molestia.

El llamado Peter, deshaciéndose en reverencias, desalojó el pescante y se fue a la parte posterior del camión, subió como un sonámbulo a ella y fue a sentarse junto a la cabina, por cuyo roto cristal se enteró mientras quiso de lo que hacían y decían aquellos tres fabulosos y extraños personajes que, no obstante ir bien trajeados, parecían haberse estado arrastrando por el suelo, tales huellas de tierra llevaban encima.

—Vamos al grano, mister Strand —decía muy excitado el altísimo caballero del traje gris, que era quien había cogido el volante—. ¿Qué significa eso de que hemos estado detenidos desde las cuatro y diez hasta «las cuatro y diez»?

—Pues muy sencillo —respondió con parsimonia el de las gafas de oro sacudiéndose la americana negra que vestía— significa que no hemos estado nada. —Y tan tranquilo, se puso sobre las rodillas la cámara fotográfica que había llegado trayendo en bandolera.

—¡Eso no puede ser! —terció la linda morenita arreglándose nerviosa el cuello de su blusa verde con ayuda del espejó retrovisor —. ¡No olvide que hemos estado un buen rato andando por el aire!

Peter se estremeció. Aquellos tres tipos debían estar como para que los ataran. «Andando por el aire, ¡vamos, hombre!…», rezongó

quitando apresuradamente la cabeza de la ventanilla posterior de la cabina, no fuera a ser que le descubrieran fisgoneando y se liaran a mamporros con él. Pero pegó la oreja al tabique y siguió escuchando.

—Verán, verán... Se lo explicaré por partes. Recordarán que al helicóptero se le rompieron de repente las paletas del rotor... Pues bien, yo miré en- : anees la hora, y eran, téngalo bien presente, «las cuatro y diez». Cuando estuve ayudando a usted, miss Shelf, a ponerse el paracaídas, me pareció ver por uno de los costados de mi aparato gris varios trozos de hélice, y supuse que los habíamos alcanzado en su caída; pero he aquí que poco más tarde volví a verlos de nuevo, y ya no pude reprimir ni mi asombro ni mi curiosidad. Tirado de bruces en el suelo de la carlinga, seguí el siguiente proceso mental, que me llevó, lo confieso, al error: «si sólo en el vacío caen los cuerpos a la misma velocidad —me dije— y esas astillas están cayendo ahora a la par que el pesado helicóptero, «debemos» encontrarnos en un lugar en donde no existe la influencia retardatriz del aire».

— ¡Ah, ya comprendo! Con la sospecha de que podíamos encontrarnos en la estratosfera, entonces fue cuando dijo usted a Jim que comprobase la altura.

—Exacto, miss Shelf. Aun extrañándome sobremanera, ya que el helicóptero no estaba acondicionado para tales alturas, quise saber a ciencia cierta a qué atenerme.

—Bien, sí... Y el piloto, dejándome un instante embutido en mi asiento, respondió: «Cuatro mil doscientos veinticinco metros», de acuerdo. Yo aún no sé a dónde quiere usted ir a parar.

—Tumbado como estaba, yo tenía mi reloj de pulsera junto a los cristales de mis gafas. ¿Y saben ustedes qué hora era? «Las cuatro y diez». Con la estupefacción que pueden suponer, mandé a Jim varias veces que se cerciorase de la altura, y siempre, no lo olviden, a «las cuatro y diez», resultaba que estábamos a «cuatro mil doscientos veinticinco metros». ¿Van comprendiendo? Como es natural, imaginé que se me había parado el reloj y que el altímetro no funcionaba bien. Pero allí estaban las astillas de las paletas «inmóviles» al lado del aparato, en cuyo reloj del cuadro de instrumentos «también», según vi al levantarme, eran «las cuatro y diez». Y ya se hizo la luz en mi cerebro: no era que nos hubiéramos detenido en el espacio, ¡ ¡era que nos habían sacado fuera del tiempo! !

Thommas Ressel hizo un viraje tan brusco que estuvo en un tris de chocar con un turismo que venía en dirección contraria, y Peter, cogido desprevenido, rodó por la caja de su desvencijado cañón.

—¿Así que, gracias a que el tiempo no corría para nosotros, pudimos caminar por el aire, no es eso?

—Así es, miss Shelf. Y esa es la explicación también de que el helicóptero no cayese. No era que estuviera sostenido por el aire, sino que como el tiempo no pasaba, no había tenido ocasión de empezar a caerse. Por este mismo motivo evité a Jim que se tirara de golpe fuera del aparato. De haberlo hecho, a buen seguro que no había sobrevivido. Le hubiera ocurrido como a la hélice, que fue destrozada porque sus paletas no tuvieron tiempo material para girar alrededor de su vástago.

Como nadie hiciese ningún comentario, Peter se arriesgó a asomar nuevamente la nariz...

—Se me escapa del cerebro esa idea de que puedan habernos sacado fuera del tiempo —habló por fin el que conducía—. En circunstancias normales, perdóneme, lo encontraría risible. Y aun después de haber corrido la inusitada aventura del aire, con todo y estar predispuesto a aceptar cualquiera explicación, por descabellada que sea, me pierdo en una maraña de pensamientos fantásticos.

El de las gafas de ero le miró frunciendo las cejas y repuso tranquilo:

—No tiene usted porqué para perderse, mister Ressel. Lo que les he dicho, amén de no tener nada de descabellado, es lo lógico, no lo fantástico.

—¿Todavía le parece que no tiene una buena dosis de fantasía? —sonrió dulcemente miss Shelf.

—Quizá la tenga, no lo discuto. Pero convengan en que lo verdaderamente fantástico sería empeñarse en que la atmósfera nos haya podido sostener.

—No hay duda —asintió la bella joven—. Eso es lo lógico a más no poder. -Mas convenga usted a su vez que el resto de sus razonamientos se salen de lo que podríamos llamar lógica al uso.

—No quisiera buscarle los tres pies al gato, miss Shelf —se alisó pensativo sus encanecidas sienes mister Strand—, pero acaba usted de dar en el clavo. Me salgo de la lógica al uso... «en nuestro Planeta».

— ¡Eso es absurdo! —gritó mister Ressel palideciendo de excitación—. ¡Todo lo que nos está diciendo lo es! ¡He cogido el tremendo fallo que tiene su... «lógica»!

—¿Fallo? —interrogó gritando el otro—. ¡Fallo...! ¡¿Es que no se da cuenta de que por mucha... «lógica» que le eche al asunto, no podrá nunca hacernos creer que nuestros relojes hayan podido pararse por : muy... fuera de tiempo que hayamos estado?! ¡ So

bre todo los suyos, ya que tan buenos son...! ¡Paso por que a nosotros, que no somos máquinas, se nos haya podido engañar, pero a los relojes no...! Ellos debían haber seguido marchando a pesar de todo.

El camión quemó en aquel instante las últimas gotas de la poca gasolina que le quedaba y su ruidoso, motor se detuvo de repente.

—Nos hemos quedado sin combustible —-dijo Pe- ter desde atrás—. Ya les advertí...

—Ahí tenemos un surtidor —señaló miss Shelf a la derecha de la carretera.

—¿Quiere empujar un poco, amigo? —pidió innecesariamente el millonario a Peter, el cual se tiró de la trasera y a fuerza de músculos llevóles hasta donde podrían llenar el depósito.

—Yo no les he dicho que nuestros relojes se hayan parado, mister Ressel —le dijo al del «Morning» mis- ter Strand con la calmosa entonación que le caracterizaba—. Es más, ya que usted lo saca a colación, afirmo que siguieron su marcha habitual. Es decir, para ser completamente exacto, el suyo no lo sé. Pero los míos sí, me consta.

— ¡¿Entonces es que, en resumidas cuentas, no marcaban «siempre» la misma hora?!

—Sí la marcaban, sí. Y ahora buena además. Sin embargo, ustedes saben muy bien que los aparatos que usamos para medir el tiempo en la Tierra, tienen todos un mecanismo que les impulsa: tic-tac, tic-tac...

— ¡¿Y qué...?!

—Pues que entre el «tic» y el «tac» debieron interpolarnos una cantidad extra de tiempo que los relojes no pudieron medir.

— ¡No lo comprendo! —se cogió el periodista la cabeza con las manos y se adosó al respaldo del asiento.

—Está muy claro, mister Ressel. El accidente ocurrió a las cuatro y diez, en el momento justo en que nuestros relojes de pulsera hacían «tic», por ejemplo. Y antes de que pudieran hacer «tac», antes de que terminase el segundo comenzado, para que lo entiendan mejor, desde los platillos nos alargaren el tiempo.

—Lógicamente... —trató de rebatir el argumento del millonario Leticia Shelf.

—Lógicamente, según nuestra lógica, ya se que no puede ser. Lógicamente decíamos habernos tenido que tirar con los paracaídas desde el interior de mi helicóptero; lógicamente, éste debía haber caído en cuanto las aspas de su hélice superior fueron destrozadas; lógicamente, las astillas deberían haberse quedado muy por encima

de él…

—¿Es todo ilógico, pues?

—Según la lógica al uso. como usted ha dicho anteriormente, sí. Y también descabellado y fantástico y hasta imposible. Pero no es nada de eso, y no crean que hable por hablar o por mantener el tipo, en primer lugar, nosotros «sabemos» que no hemos soñado la aventura, y en segundo lugar, espero poder demostrarles que los acontecimientos se desarrollaron según les he indicado.

—¿A qué espera para demostrarlo? —dijo Ressel quitándose las manos de la cabeza.

—Es imprescindible la presencia de Jim. Necesito que vean ustedes que no ha salido ninguna de las fotografías que allá arriba tomó. Ya verán como no hay nada en la película. No hubo tiempo para que la luz la impresionara. Sin embargo, en esta que yo llevo, sí.

—Mister Maxwell N. Strand —-habló lentamente el periodista poniendo otra vez en marcha el motor—, si alguna vez me dice usted que se ha ido a pasar el fin de semana a Saturno porque las patatas fritas salen de los guindales, por más que sus palabras me resulten incomprensibles, me guardaré muy mucho de ponerlas en tela de juicio. —Arrancó en cuanto el del surtidor trajo el cambio de los cien dólares a Peter, y siguió diciendo—: Confieso que he llegado a dudar… Pero ahora sé que estamos en buenas manos. Y aunque en la película del piloto haya algo, que no lo habrá, ratifico mi intención de seguir con usted la aventura hasta donde sea preciso.

—Bueno —dio miss Shelf un risueño suspiro—, puesto que hemos perdido la pista de los platillos volantes. Yo pregunto: «¿Y qué vamos a hacer ahora?»

—Volverlos a encontrar, jovencita —repuso el millonario—. Si todavía están en la Tierra, para mí eso carece de importancia.

CAPÍTULO V

TERROR EN EL CORREO DE CHICAGO

AOGÁNDOSE materialmente en el Boston House, si grande no lo suficiente
para que pudiera resistir en su interior el empuje de la impaciencia que sentía, la rubia miss Thundering, tras haber averiguado por la compañía de aviación que el correo de Chicago hacía escala obligada en Albany, sin encomendarse a Dios ni al diablo, tomó el tren apresuradamente y marchó al encuentro del doctor.

Precisaba saber con exactitud a qué carta debía quedarse. Si el presunto «amabilísimo» doctor Alfred S. Waist iba a esfumarse como sus lisonjeros predecesores, aun sintiéndolo en el alma ella, mejor que estar sufriendo aquella incertidumbre que la consumía mientras degustaba una taza de café en el coche restaurante, prefería mil veces que la cosa pasara cuanto antes.

Devorando la distancia, el rápido «Talgo» trituraba bajo sus ruedas kilómetros y kilómetros con maquinal apetito.

Cuando se encontrara con el doctor, la primera secretaria de mister Strand no estaba muy segura del partido que tomaría; aunque, eso sí, llevaba en potencia el pensamiento de regresar a Boston en el mismo avión que él venía, bien fuese trayéndolo amartelado, ya sentada en el extremo opuesto al suyo.

Con pinceladas velocísimas de suave traqueteo, tras haber ido dibujando el convoy a lo largo y a lo ancho de sus ventanillas los paisajes del trayecto, a la hora prevista terminó por enmarcar el andén de la estación de. Albany, y miss Thundering, apenas que el tren se hubo detenido, corrió desolada en busca de un «taxi» que la condujera sin pérdida de tiempo al aeropuerto.

A la puerta misma del campo de aviación intuyó que algo anormal sucedía en él. La gente que atestaba la sala de espera se movía como inquieta, y cuando miss Thundering se fue abriendo paso entre ella, camino del departamento de Información, no pudo dejar de escuchar los comentarios que hacían.

—¿A qué hora aterrizará el correo de Chicago? —preguntó, no obstante, haciendo lo posible por que el pálido joven que había detrás del mostrador no notase la emoción que la embargaba.

—No sabemos, señorita —negó el joven—. Puede que no

aterrice nunca. Ni siquiera ha pasado por Michigan... Tememos que se haya caído al lago. Aquí debía estar dentro de media hora...

—Perdone —susurró miss Thundering atajando las entrecortadas frases del empleado—, ¿podría facilitarme la lista de pasajeros?

—Eso sí, señorita.

Y miss Thundering, de tan nerviosa como estaba y de tanto como deseaba que el doctor Waist no estuviera incluido en el papel que el pálido joven le alargaba, tuvo que acodarse en el mostrador para no caerse al leerlo.

... ...

El griterío que se armó en el cuatrimotor cuando éste fue presa de las tinieblas que lo envolvieron, no es para describirlo.

Como cosa rara, diremos que no fue mistress Milnor la que profirió el primer chillido, sino mister Loockwood, el viajante de comercio chiquitín que tanto fantaseaba.

Mas, después de él, sin que pudiera precisarse quién gritó en segundo lugar, quién más, quién menos, los veinticinco, azafata inclusive, contribuyeron en la medida de la fortaleza de sus cuerdas bucales...

Desde el berrido profundamente bajo del agricultor de Yucatán, basta el aullido eminentemente atiplado de mistress Milnor, pasando por el chillido ni fu ni fa del barbudo y por la exclamación de extrañeza del psiquiatra, los pasajeros se desgañitaron cuando la oscuridad penetró por las ventanillas del avión, y la escala musical fue recorrida de punta a punta.

En la carlinga no se oyeron gritos. Los cuatro hombres de la tripulación estaban suficientemente entrenados para poder disimular las alteraciones de su ánimo, y aunque aquel brusquísimo paso de la luz a las tinieblas era un fenómeno cuyas causas se sentían impotentes para determinar, lograron dominarse.

— ¡Es como si hubiéramos entrado en un túnel! —exclamó gráficamente el mecánico mientras el piloto accionaba sin resultado el conmutador de la luz eléctrica.

—¡Atención, señores pasajeros! —habló entonces el piloto por el micrófono de órdenes que cogió a tientas—. ¡No se alarmen! ¡Hay una pequeña avería en la instalación eléctrica, pero ya está a punto de ser localizada!

Las tranquilas palabras que salieron del altavoz hicieron a los pasajeros parar mientes en que siendo pleno día, plena tarde, mejor dicho, era absurdo que no se viera por más averías que hubiese en la susodicha instalación.

Desciñéndose los cinturones, se abalanzaron hacia las ventanillas. No se veía nada. Absolutamente nada. Ni siquiera el Sol, que tan pocos segundos antes había estado molestando a los que se sentaban a babor.

El ritmo de los motores, sin embargo, no había variado. Sus explosiones mantenían íntegra la monotonía del estruendo que llegaba amortiguado al interior del cuatrimotor.

—¡Enciendan fósforos! —gritó la azafata, segura de que con luz se atenuaría en parte la tensión nerviosa a que estaban sometidos.

Instantáneamente fue recogida la sugerencia de la muchacha, y multitud de cerillas trataron de abrir con sus llamitas brechas en la oscuridad, pero ni una sola llegó a brillar. En el caldeado ambiente del departamento de pasajeros parecía reinar un aire viciado que no dejaba brotar el resplandor de las diminutas antorchas.

El doctor Alfred S. Waist, sintiendo a pesar de todo el calor de la lumbre en su experta mano de fumador empedernido, acercó un dedo al sitio donde debía encontrarse la llamita de la cerilla que sostenía... ¡y se quemó!

Y entonces, empavorecido, gritó algo que hizo poner la carne de gallina a las veinticuatro personas que se hallaban con él:

—¡No está sucediendo nada sobrenatural! ¡Los fósforos se encienden! ¡ ¡No los vemos porque estamos completamente ciegos!

... ...

En la torre de señales del aeropuerto de Michigan reinaba una actividad febril. El correo de Chicago, que muy escasos minutos antes, recorriendo con toda normalidad su ruta habitual, había transmitido su posición y confirmado la existencia de una visibilidad óptima en las alturas, había enmudecido sin previo aviso.

Los radiotelegrafistas buceaban en la atmósfera tratando de localizarlo en vano; y desde la elevada atalaya de observación, sin resultado también, se perforaba el espacio con los más potentes prismáticos.

El cuatrimotor parecía haberse esfumado, diluido en la inmensidad azul del cielo. La única explicación lógica que cabía era que se hubiese precipitado al lago Michigan sobre cuyas aguas, a grandísima altura, había tenido que volar.

Pero no llegaba a la torre de señales comunicado alguno de que nadie le hubiera visto caer, y esto hacía que tal sospecha, si bien sin dejar de ser tenida en cuenta, no fuese tomada en serio, al menos por el momento.

Y los radiotelegrafistas y los observadores se multiplicaban y procuraban por todos los medios a su alcance dar con el avión.

Después de muchos y reiterados intentos infructuosos, se pensó, como es natural, que hubiera pasado por allí con averías importantes en el transmisor, y que no hubiese podido, por tanto, acusar recibo de las múltiples llamadas de que le hacían objeto.

Y se pusieron en contacto con Toledo, escala que debía por necesidad hacer, indagando noticias.

»—«No ha llegado aún». —respondérosles desde aquella localidad del estado de Michigan, tranquilos como ellos solos, ya que todavía no era hora de que el avión correo aterrizase allí.

Mas en Michigan la alarma crecía a cada instante que pasaba, y, por no dejar ningún palillo sin tocar, no bien hubieron solicitado y obtenido confirmación de Chicago de la salida del cuatrimotor, se habló con Cleveland, escala siguiente a Toledo, y con Búfalo, la que debería hacer después, y hasta con Rochester…

En ningún lado sabían noticias. Cuanto más cerca de Boston llamaban, más se extrañaban de que lo hicieran. Y radiotelegrafista hubo que les aconsejó, guasón, mirasen al reloj para que vieran si faltaba algo de tiempo para que a su localidad arribase el correo.

Sin descorazonarse, en Michigan prosiguieron metódicamente el ímprobo trabajo que estaban llevando a cabo. Sin hacer que la alarma cundiera en las restantes ciudades de la ruta, los observadores no dejaron de mirar al cielo y los radiotelegrafistas siguieron sembrando la atmósfera con sus más imperativos puntos y rayas.

Todo fue en balde. El cuatrimotor no dio señales de vida y un silencio de muerte pesaba en su ruta vacía.

—«Rochester llama a Michigan…, Rochester llama a Michigan…, Rochester llama a Michigan…» —dijeron de repente los trazos entrecortados del Morse en los auriculares de uno de los radiotelegrafistas, el cual apresuróse a dar respuesta asegurando que estaba a la escucha.

—«Correo Chicago —transmitieron como sorprendidos— pasado sobre aeródromo sin detenerse. Rumbo norte sur…»

Es decir, que habiéndose separado de su camino reglamentario, de oeste a este, surgía incomprensiblemente llevando otro perpendicular al que debía, y, para remate, a ochocientos kilómetros de la posición que para aquella hora le había sido asignada.

Y ya no quedó otro recurso que dar la señal de alarma. Ni aunque estuviera borracho, aquel estrambótico cambio de ruta no podía obedecer a un capricho del piloto del correo, ya que, ebrio o

no, materialmente no había tenido tiempo de colocarse donde lo habían localizado.

Con la alarma salieron a relucir ciertas bolas o esteras blancas que todos los observadores de las diversas torres de señales habían visto en el cielo, pero que ninguno se había atrevido a consignar en sus partes periódicos por miedo al ridículo.

Sólo ahora, relacionando las extraordinarias vicisitudes del cuatrimotor con los no menos extraordinarios artefactos, osaron mencionarlos tímidamente.

Pero como ya se imaginaban, igual que les sucedió a los observadores de Rochester, la mayoría no tomó en consideración sus declaraciones, y el correo de Chicago, para el que más y el que menos, por muy raro que resultara el que nadie hubiera presenciado la catástrofe, se había hundido para siempre en las mansas aguas del lago Michigan.

... ...

La rubia y elegante miss Thundering, al ver en la sala de espera del aeródromo de Albany el nombre del doctor Waist en la lista de pasajeros del avión correo, sintió un vahído y profirió un gritito de cuatro segundos de duración. Y cuando ya tenía medio flexionadas las rodillas para caerse desmayada al pie del mostrador, unas palabras que fueron saltando de los altavoces que había diseminados por la sala, tuvieron la virtud de reanimarla:

—«Atención, atención... Correo de Chicago a la vista. Señores pasajeros, sírvanse reunirse en la pista nueve. Repetimos...»

¡A pesar de todo, aunque fuese con una inexplicable media hora de anticipación, el correo llegaba a Albany! Cómo se las abría arreglado para conseguirlo, era un misterio. Empero, allí estaba. Y era él, no cabía error posible.

Mientras la asombrada multitud salía presurosa al exterior, la primera secretaria de mister Strand se llegó a la taquilla correspondiente y se proveyó de billete para Boston.

—Hace usted bien en no apresurarse, señorita —le dijo oficioso el empleado de la ventanilla al ver que era la única persona que se había quedado allí—. El correo debe permanecer posado en el campo los treinta y tres minutos que trae de adelanto.

El ruido de los motores del aparato, que ya llegaba al interior filtrándose por puertas y ventanas, hizo que miss Thundering, echando en saco roto la indicación de su interlocutor, sin poder contenerse más tiempo, se fuese a la carrera.

El plateado cuatrimotor, perdiendo altura a ojos vistas, ya estaba

sobre el campo de aviación. Venía recto hacia la torre de señales, desde donde le comunicaban, sin obtener respuesta, por cierto, que la pista que le habían reservado era la nueve.

Cada vez más bajo, rozando casi la torre, pasó sobre ella y viró suavemente, tornando en vuelo rasante en busca de la pista de aterrizaje, lisa cinta vacía de obstáculos que le estaba esperando.

Los curiosos, que se habían reunido en un compacto grupo en los alrededores de donde debía quedar detenido el cuatrimotor cuando tomase tierra, se agacharon temblando al ver que se abalanzaba rugiendo sobre ellos, amenazando aplastarlos; mas el piloto, en un arriesgadísimo alarde de acrobáticas facultades, fuera de lugar desde todos los puntos de vista, como si tan sólo quisiera amedrentar a cuantos le contemplaban, cruzó el gentío como una centella y se alejó sobrevolando a una altura inverosímil.

Luego, cuando el aparato rebasó el principio de las pistas, allende el aeródromo, tornó a virar ¡y enfiló la pista dos en vez de la nueve!

A la par que se escapó de los pechos de todos un alarido de terror, entraron en acción las ambulancias y los servicios sanitarios con su típico ulular de sirenas. ¡En la pista dos estaba pesada una escuadrilla completa de aviones a reacción, contra los que el cuatrimotor se precipitaba a todo gas!

En lo alto de la torre de señales, cansados los semaforistas cansados de bracear inútilmente en el aire y los de la radio de enviar mensajes incontestados, quedáronse perplejos esperando el inusitado desenlace de aquel lance en el que iban a perder la vida veinticuatro personas.

El piloto del correo de Chicago, sin embargo, parecía poseer alguna rara habilidad, de todos ignorada, que le capacitaba para sortear los reactores a medida que se los iba encontrando en su camino.

Unos tras otros, pasando junto a ellos por callejones increíbles, los fue evitando sin disminuir la velocidad, y finalmente, al embestir a un grupo de aquellos aeroplanos que estaban atravesados a lo ancho de la pista, mientras la puerta del cuatrimotor se abría y surgía por ella un hombre vestido de azul marino, que se tiró en marcha al suelo con relampagueante celeridad, el correo de Chicago, como por verdadero milagro, sin ocasionar daño alguno a los aviones de reacción y sin sufrir a su vez desperfectos visibles, se elevó de nuevo.

Desde la torre de señales, al seguirlo con prismáticos y telémetros hasta que desapareció en las profundidades azules del cielo, rondando a una altura que no pudo ser determinada, fueron

descubiertos cuatro puntos blancos que parecían balancearse y formaban un inmenso cuadro en el espacio.

Con la seguridad de encontrar destrozado bajo los fuselajes de los reactores al hombre que tan audaz y peligrosa manera de abandonar el correo de Chicago había tenido, todo el aeródromo se echó a buscarlo.

Pero nadie pudo dar con él, ni sospechó quien podría ser aquel viajero suicida. Sólo miss Thundering, aunque se guardó de manifestarlo a nadie, tuvo el vago presentimiento de que era el doctor Alfred S. Waist.

Y al volver a la sala de espera, rodeada de muchas personas que iban también a aguardar el momento de tomar el avión que se estaba preparando con desino a Boston, la elegante y exacta primera secretaria de mister Maxwell N. Strand, al retocarse, 1os labios con la barra de carmín, vio detrás de ella, reflejado en el espejito de su lujosa polvera, al psiquiatra...

Sin poder reprimirse, llena de admiración, prenunció su nombre en voz alta:

—-¡Doctor Waist!

Y entonces, ante el pasmo de la gente que se dio cuenta de ello, que fue mucha, por cierto, un nuevo prodigio se sumó a los que ya se habían realizado en Albany aquella tarde: el doctor, al buscar con la vista a quien le interpelaba, clavó durante una fracción de segundo los ojos en la polvera que para la rubita estaba haciendo de espejo retrovisor, y tuvo como un estremecimiento ¡y desapareció de donde estaba!

Se desvaneció, se esfumó, se desintegró, si se quiere, sin dejar ni rastro de su anterior presencia.

Miss Thundering, sintiendo una irresistible flojedad en las piernas, dióse media vuelta, comprobó lívida la indudable realidad de lo sucedido y se desplomó cuan larga era.

CAPÍTULO VI

EL BOSTON HOUSE, CUARTEL GENERAL

YA la radio había difundido por todo el país las increíbles noticias de lo acaecido en el aeropuerto de Albany, y aunque los organismos oficiales se abstenían prudentemente de relacionar las vicisitudes del desaparecido correo de Chicago con las cuatro bolas blancas, poco a poco, no sin que antes perdieran el tiempo volando de aquí para allá varias escuadrillas, de aviones ligeros, de la compañía siniestrada, y el lago de Michigan empezase a ser dragado infructuosamente, la sospecha que en un principio había parecido descabellada fue tomando cuerpo.

Y sólo por cubrir el expediente, perdidas las esperanzas, las escuadrillas siguieron escudriñando el espacio y funcionando las dragas en el lago; pero ni el cuatrimotor ni sus restos fueron hallados en ningún lado, ni volvió a ser visto por nadie después de que lo hubieron perdido de vista los observadores de la torre de señales del aeródromo de Albany.

Las esferas, por el contrario, a tan prodigiosa velocidad que hacía preciso controlar muy bien la hora para poder estar seguros de que eran las mismas siempre, iluminadas tenuemente de blanco, recortaban en el cielo negro de la noche sus imperfectas siluetas y recorrían estado tras estado, de este a oeste, alejándose de Boston sin cesar.

Mister Strand, en un gran mapa de los Estados Unidos que había extendido sobre la mesa de su despacho del piso 54 de Boston House, estudiaba el itinerario en compañía de los dos periodistas del «Morning Press».

Eran las nueve menos cinco y Jim Morely no había comparecido todavía. No podía asegurarse, por consiguiente, si habían o no salido las fotografías que el piloto hizo en el aire de los platillos volantes y de Ressel., pero a éste, dicho sea de paso, la incógnita le traía ya sin cuidado. Y otro tanto podemos decir de miss Shelf. Ambos habían aprendido a confiar en el millonario.

Por eso, ni siquiera pestañearon cuando le oyeron decir con aquella tranquilidad con que lo decía todo:

—La próxima señal nos la darán desde aquí.

«Aquí» era una ciudad de Texas, Amarillo, que mister Strand había subrayado con el compás que sostenía en la diestra.

Y, en efecto, como si le hubieran oído o adivinado el pensamiento, desde la estación radiotelegráfica de su rascacielos, convertido en cuartel general, que era desde donde, encaminada a localizar a toda costa los platillos, había organizado una verdadera red de observación que abarcaba prácticamente toda Norteamérica, comunicaron al despacho por teléfono múltiple:

—Amarillo (Texas) señala la presencia de las cuatro bolas, mister Strand.

—Era natural —aseveró el aludido a los periodistas— Siguen un rumbo perfectamente circular. ¿Ven ustedes? —marcó con las puntas del compás cerrado una crucecita que había hecho al este del lago Winnipeg en el Canadá—-. Ese es el centro de la circunferencia que hace rato tracé. Fíjense en que va de Albany a Harrishourg (Pensilvania) y de aquí a Lebanon (Virginia), y que atraviesa después Tennessee y Arkansas y Oklahoma… Es decir, la ruta que nos han ido transmitiendo desde todos esos sitios en la última hora. Conque, puesto que el trazo pasa por Amarillo, ya se darán una idea de que no he tenido que sudar para deducir que aparecerían allí.

Miss Shelf y Ressel, levantando la cabeza del mapa sobre el cual permanecía incansable el millonario, se miraron sin decir ni pío. Era admirable aquel hombre. Con su agilísima mente encontraba a todo explicación y de nada se asombraba. Para él, todo era natural. Siempre parecía estar de vuelta…

No: no tenía ni la más remota relación con los cuatro platillos volantes.

—¿Qué interés puede moverme a engañar «precisamente», a ustedes? —-habíales dicho un tanto áspero mientras subían al piso 54 en el ascensor, apenas llegados al. Boston House en el desvencijado camión de Peter—. Si en vez de platillos fueran elefantes blancos, y usted, mister Ressel, maharajá… No se ofendan, pero para mí ustedes dos no cuentan en absoluto. No olviden que los he conocido esta misma tarde, y reconozcan que, de no ser que ahora se hagan famosos, son dos oscuros periodistas que ni pinchan ni cortan. ¿Engañarles? Dígame un motivo que me pueda inducir a hacerlo, ¡Qué más querría yo que los platillos fuesen míos! Poseer tales aparatos aéreos colmaría la ilusión de cualquiera, eso es indiscutible. Yo, sí, tengo muchos millones de dólares —se había encogido de hombros—, no sé cuántos, tendría que preguntárselo a mis banqueros; muchos… Pero, pueden creerme, los daría a gusto a cambio de esos maravillosos vehículos que me harían sentirme dueño del mundo. No obstante, tengo el convencimiento de que su construcción no ha sido financiada con dinero terrestre. Y es más,

temo que no haya quizá en la Tierra dinero suficiente para comprarlos, suponiendo que estuviesen a la venta, claro está. Su diseño y la forma que tienen de resolver los diversos problemas de la navegación aérea, son revolucionarios cien por cien. Imagino que son todo hélice, como si dijéramos, o sea, que aun teniendo lo que nosotros llamamos fuselaje, es éste el que les sirve para surcar el espacio girando cuando, como en nuestro Planeta, hay aíre. Y esto de acoplar un motor a una hélice es cosa que ni al más atrevido de los ingenieros terrestres le ha pasado por el magín. Bueno, puede que La Cierva, el inventor del autogiro, lo pensara. Mas lo cierto es que ideó el autogiro y no la «hélice volante». Los demás, o han perfeccionado el autogiro hasta llegar al helicóptero, o se han parado en el «ala volante».

Al detenerse el rápido ascensor en el piso 54, el millonario, así que los tres hubieron salido de él, les dio una muestra de su capacidad organizadora y de sus dotes de mando.

Ordenando a diestro y siniestro con una seguridad en la que se advertía hasta qué punto era consciente de sus posibilidades, hizo que acudieran a su presencia una legión de colaboradores y, cada cual con una misión perfectamente definida a su cargo, los desplegó por las dependencias del rascacielos.

En menos que canta un gallo, revelado ya el carrete que su máquina fotográfica contenía, le trajeron al despacho copias de los retratos que de los platillos había obtenido estando a bordo del helicóptero gris.

Las cuatro bolas blancas que eran en las fotografías de miss Shelf, se veían en estas, en colores naturales, como veteadas por los siete colores del iris, cuyo azul se confundía con el del claro firmamento de la tarde iluminada por el Sol.

Su disposición era idéntica a la alineada que tenían en las que sacó en Georgia la bella periodista del «Morning», aunque en las de mister Strand, que las había hecho a su misma altura, los platillos aparecían en perspectiva, el primero en primer término y el cuarto, muy empequeñecido, al fondo.

Después de haber visto los tres las fotos, llegó el primer comunicado telegráfico de Harrisbourg, y fue entonces cuando el millonario desplegó el mapa sobre la mesa. Y nada más apuntar en él aquella localidad de Pensilvania, con una naturalidad que dejó perplejos a Ressel y a la joven, solicitó por teléfono al jefe de la base local, nada menos que un «R Z-3» de reacción, avión que en el acto le fue concedido.

—Lo necesitamos —les había dicho al colgar el aparato— porque no quiero exponerme a que nos matemos.

—¿Cree usted, pues, que no hay peligro siendo de reacción? —inquirió la muchacha.

—-De que nos destrocen las hélices, no —había respondido sonriendo mister Strand. Y se había levantado de su sillón y habíase ido a un mueble bar que estaba junto a la puerta, adosado a la pared—. Por otra parte —dijo destapando el mueble, con lo que se encendió automáticamente un receptor de radio que ocultaba la tapa—, los «R Z-3» poseen mayor velocidad y mayor radio de acción que cualquiera de mis aeroplanos, y como supongo que la persecución va a ser movidita…

Sus últimas palabras tuvieron como música de fondo las acariciadoras notas de un vals vienés, el cual, al cortarse de improviso, detuvo al millonario.

—Señores radioyentes —había transmitido uno de los locutores de la emisora que estaban escuchando—: Interrumpimos nuestro programa musical para informar a ustedes del más sensacional y a todas luces inaudito fenómeno que se ha registrado en los anales de la aviación, desde su nacimiento. Con veinticuatro personas a bordo, el cuatrimotor correo que hace el servicio Chicago-Boston, tras equivocar inexplicablemente la pista de aterrizaje que le había sido reservada en el aeródromo de Albany, se ha lanzado a impresionante velocidad por otra, donde había una escuadrilla de aviones a reacción, y, créanlo o no, ha pasado por entre ellos de tan misterioso modo que los técnicos no consiguen poner en claro, y en vez de dar lugar a una catástrofe terrible, ha vuelto a elevarse y ha desaparecido. Debemos hacer notar que durante el corto espacio de tiempo que estuvo el cuatrimotor rodando por la pista, se tiró de él un hombre que no ha podido ser hallado ni muerto ni vivo. Oficiosamente se relacionan estos desusados acontecimientos con cuatro esferas o bolas blancas que, al decir de los observadores de la ruta del correo, han sido vistas en diversos puntos de la nación.

—¡Cáspita! —exclamó Ressel.

—¡Pchs! —mandóle callar su compañera de redacción.

—A medida que vayamos conociendo nuevos datos —terminó el locutor—, iremos ampliando la noticia.

Los compases del vals tornaron a rellenar la estancia, y mister Strand les había ofrecido un cóctel que él mismo preparó. Y bebiendo estaban cuando la estación radiotelegráfica retransmitió al despacho que los platillos habían sido vistos en Lebanon y, pocos segundos más tarde, en Knoxville (Tennessee).

El millonario dejó su vaso en el mueble bar y volvió a su mesa, de uno de cuyos cajones sacó un compás y una regla mientras decía:

—Evidentemente se van alejando de Boston. Lebanon dista de

aquí 1.800 kilómetros, Knoxville... —dejó la regla encima del mapa y midió con el compás la distancia—, 1.800. Es decir, que entre una y otra de estas dos ciudades hay 200 kilómetros, ¡Demonio!... había exclamado de pronto quitándose las gafas—. ¿Cuánto tiempo han tardado a ver los platillos en Knoxville? ¿Cuatro segundos? Pongamos cinco... Si en cinco segundos han recorrido 200 kilómetros, en los 3.600 segundos que tienen una hora, recorrerán... ¡144.000! ¡Demonio, demonio!...

Y se puso a limpiar los cristales dé las gafas y fue diciendo muy pensativo:

—A fuer de sincero que no los creí capaces de adquirir tamaña celeridad.

— ¡Qué pena que tengamos que perder toda esperanza de alcanzarlos! —Había dicho Ressel desconsolado—. Después de habernos hecho la ilusión de poderlos seguir y del trabajo que usted se ha tomado organizándolo todo ahora...

Mister Strand le miró parpadeando y le preguntó dudoso:

—¿Qué quiere usted decir?

—Que como no se detengan, ni con el «R Z-3» podremos echarles la vista encima.

—Naturalmente que podremos, mister Ressel —afirmó tranquilamente el millonario metiéndose el pañuelo en el bolsillo y volviendo a ponerse los lentes—. Cuanto más veloces vayan, mejor para nosotros.

—Querrá usted decir peor —había terciado miss Shelf muy sonriente, segura de que no estaba diciendo ninguna sandez. No sé yo que los aviones de reacción hagan milagros.

—No se trata de ningún milagro, jovencita. Ya sé que un reactor no puede volar a 144.000 kilómetros por hora. Sería una idiotez pretender lo contrario. Nosotros volaremos a una velocidad más de cien veces menor.

—No adelantaremos nada. Jamás podremos darles alcance.

Mister Strand, que al parecer se había puesto nervioso, se dejó caer en su sillón y durante un instante permaneció sin decir esta boca es mía. Luego se rebulló en el asiento, parpadeó, se pasó las manos por el cabello y, por último, tras haber fruncido los labios en un gesto como de resignación, les había dicho con su calma habitual:

—Llevaban ustedes razón cuando me advirtieron esta tarde que no tienen experiencia. Den gracias a que les he cobrado afecto, porque me parecen ustedes unos excelentes muchachos, y a que, sin que yo me lo pueda explicar, no me molesta que me hagan

continuamente esas observaciones tan tontas que suelen.

—Le rogamos que nos perdone —se habían mostrado perplejos Ressel y miss Shelf—. Tenemos poca práctica. Pero no creemos haber dicho ahora nada que se pueda llamar «observación tonta». Si los platillos volantes se desplazan a 144.000 kilómetros por hora, con el «R Z-3» los perseguiremos en vano.

—Perdónenme ustedes a mí, si acaso no he sido exacto, más yo no he dado a entender siquiera que vayamos a perseguirlos.

Contuvo con un ademán sus protestas y había seguido hablando impertérrito.

—A ustedes —dijo— hay que darles las cosas mascadas para que las entiendan. No iremos detrás de los platillos, mis queridos amigos, sino que, aprovechando la redondez de la Tierra, volaremos precisamente en dirección contraria a la que ellos sigan y los encontraremos en el camino, no tanto porque nosotros vayamos a ellos como porque ellos vengan a nuestro encuentro Esto, como es natural, en el supuesto de que no se nos vuelvan al astro de donde procedan, en cuyo caso a lo mejor no les vemos el pelo. Si así aconteciese, no me pararé en barras y solicitaré la cooperación del Presidente para construir una astronave…

Había entornado los ojos y seguramente hubiera continuado contándoles sus proyectes, de no haberse terminado el vals que salía del receptor y sustituido sin interrupción el ritmo por el de un alegre paso doble español.

—En fin —acabó también él, tabaleando en la mesa—, ya hablaremos de ello si llega la ocasión. Por de pronto, me parece que lo que ustedes necesitan es asearse un poco y tomar un buen baño. Usted, miss Shelf —dejó de dar con los dedos golpecitos en la mesa y apretó uno de los botones del teléfono interior—, puede ir, si gusta, al piso 32, y usted, mister Ressel, al 24. Obren como si estuvieran en su propia casa. Pidan cuanto quieran. Si desean cambiarse de ropa, recuerden que hay modistos en el piso 14 y sastres en el 19. ¡Ah! El restaurante más próximo a este despacho está en la planta 50. No se entretengan demasiado. Nos pondremos en marcha en cuanto llegue Jim.

Ellos habían aceptado con gusto la sugerencia, y, aunque en verdad ninguno pensó aprovecharse con exceso de la oportunidad que el millonario les brindaba, con intención de hacer limpiar y planchar sus sucias y arrugadas ropas y de bañarse y de comer, salieron del despacho acompañados por una risueña muchachita que más que una secretaria parecía una colegiala.

En todo el rato, según iban recibiendo en la emisora noticias de Albany, la radio no dejó de intercalarlas en el programa musical

que transmitía, y todo el Boston House, fragmento a fragmento, se puso al tanto intrigado de lo que en aquél aeródromo había acontecido.

Y cuando ellos estuvieron de regreso, ya que hubieron comido en el restaurante del piso 50, donde igual que en los demás sitios que visitaron fueron tratados a cuerpo de rey, mister Strand, quien a juzgar por la serie de anotaciones y de líneas que había trazadas en el mapa no debía haberse separado de él, mientras del receptor del mueble bar que había al lado de la puerta del despacho manaba tímidamente una samba, les enteró de que los cuatro platillos volantes se alejaban de Boston más y más, y de que, al parecer, aun pudiendo alcanzar la vertiginosa velocidad que había calculado antes, se movían con movimiento variado, o sea, que no empleaban siempre el mismo tiempo para recorrer espacios iguales.

—Quizá nos encontremos con ellos en África —había hablado en un tono de seguridad que desvirtuaba la duda implicada por el adverbio.

Y había pasado luego a comentar los asombrosos informes privados que le acababan de telefonear desde Albany.

—A pesar de que corroboran lo dicho por la radio y a pesar de que, según mi corresponsal, tanto el cuatrimotor como el doctor Waist han sido vistos por más de trescientas personas, yo estoy seguro de que no ha podido suceder como nos cuentan. Son hechos imposibles. Ha tenido que ser una ilusión colectiva.

—No olvide que están los testimonios fehacientes de cuantos estaban en el aeropuerto, mister Strand —le había llevado suavemente la contraria Ressel—. A mí, después de lo de esta tarde, más imposible me parece que esos trescientos pares de ojos hayan sufrido una alucinación, que el que los acontecimientos se hayan desarrollado como ellos afirman.

—-No se deje llevar por la imaginación, mister Ressel. Sea sensato y piense que ni es posible que un cuatrimotor deje de estrellarse si intenta lo del correo de Chicago, ni es posible que un hombre se esfume de la manera que nos han descrito. Para que un hombre desaparezca como si se hubiera desintegrado, se precisa una fuerza mayor que la que pueda tener la mala suerte de una solterona que va camino de quedarse para vestir santos; y, so pena de admitir que tanto los aviones de reacción que había en la pista dos como el cuatrimotor habían perdido la cohesión de sus moléculas, es imposible que ésto haya pasado a través de aquéllos. Ni aun la luz, con ser la luz, atraviesa más que los cuerpos transparentes. Los opacos la detienen y, si son de superficie pulida, hasta la rechazan. No, no, amigos míos —habíales hecho con las

manos sendas señas para que pasaran al lado de allá de la mesa—, lo que han visto las trescientas personas y pico en el aeródromo de Albany, no ha sido real.

—Ellos dicen que sí —había sostenido miss Shelf, sin tenerlas todas consigo, echando una ojeada desde cerca al mapa.

—Ellos dicen que sí... —repitió el millonario retrepándose en su sillón. Y había añadido muy despacito y recalcando mucho las palabras—: Pero si los hermanos Lumiére pudieran ir hoy día al cine, seguramente «también» lo confundirían con el teatro.

—¿Quiere usted decir que en realidad lo que han visto en Albany ha sido una proyección de imágenes?

—Exactamente. Es la única explicación. Y no me digan que ni estaban a oscuras ni había pantalla, porque les responderé que unos seres que saben desplazarse a 144.000 kilómetros por hora deben estar lo suficientemente adelantados para haber superado esos inconvenientes con los que nosotros todavía tropezamos. Quede sentado que fue la imagen del correo lo que vieron, y que asimismo fue la imagen del doctor Alfred S. Waist lo que miss Thundering hizo desaparecer con el espejo de su polvera.

Como siempre, mister Strand había hablado sin alterar su tranquilidad. Y en idéntico tono prosiguió cuando le preguntaron si tenía formado concepto de cómo su secretaria podía haber realizado tan prodigioso fenómeno.

—Quédese en fenómeno —había dicho sonriente—.

De prodigioso no tiene nada. Mi corresponsal de Albany me ha comunicado que el Sol daba en la fachada del aeródromo correspondiente a los hangares, y, esto la radio lo ha pregonado, el suceso tuvo lugar cuando el público se dirigía a la sala de espera. Pues bien, al sacar miss Thundering su estuche, los rayos de Sol incidieron sobre el espejo y fueron reflejados hacia su espalda, yendo a dar con el rostro de la imagen del doctor Waist, la cual no pudo resistir aquel foco, si diminuto más intenso que el Sol mismo, y se esfumó como por arte de encantamiento. Eso es todo. Ya ven que, pese a ser cosa «de otro mundo», puede encontrársele explicación en la Tierra.

—Creo, mister Strand —exclamó Ressel admirado-—, que usted es el único que puede hacer esos alardes de imaginación. Se nota —prosiguió, poniéndose casi en cuclillas para mirar el mapa de la mesa— que tiene usted una preparación magnífica.

—Nada de eso —había respuesto modestamente el millonario—. Caso de tener algo, un poquitín de sentido común y otro poquitín de afición.

—También nosotros tenemos afición, y sin embargo... —saltó

miss Shelf.

—Es que a ustedes —había dicho mister Strand—, y discúlpenme la franqueza, les falta dominar ese poquitín de sentido común que he citado. Mejor dicho, lo que les falta es aprender a dominarse ustedes. Cuando consigan ver un fantasma, pongamos por caso para que me comprendan, y vayan directos a resolver el problema de averiguar quién es la persona que lleva la sábana, sin perderse en un dédalo de cábalas de ultratumba, entonces, ya que afición no les falta, tendrán el bagaje preciso para enfrentarse con éxito con lo desconocido. Hasta ahora se asombran de todo, hasta de lo más vulgar. Estoy por apostar que se quedarían de una pieza si yo les asegurara..., ¿qué sé yo?, cualquier cosa... —miró a derecha y a izquierda, como buscando en su cuerpos algún ejemplo que poner, y por último, deteniendo la vista en el mapa que tenía delante, había afirmado con aquella calma tan suya que la próxima señal de que sus observadores habían distinguido en la noche a los cuatro platillos volantes, la darían desde Amarillo, cosa que se confirmó, como hemos visto.

Y después de la sencillísima explicación que de su aparente clarividencia les había dado, mirándose como estaban miss Shelf y Ressel por encima de su cabeza, antes de que nadie pudiera volver a hablar, sonaron unos discretos golpecitos a la puerta del despacho.

—Adelante —consintió el millonario.

Y entró el rubio Jim Morely con un rollo de película enroscado en la mano como si fuera una culebra.

—Lo siento, mister Strand —dijo compungido después de saludarles—. Se ve que no soy buen «cameraman». No he podido cumplir lo que usted me ordenó.

Los periodistas del «Morning Press» se miraron nuevamente, y el piloto dejó la película sobre la mesa, diciendo:

—En el laboratorio del piso 67 juran y perjuran que no ha estado expuesta a la luz; pero yo le aseguro que coloqué el obturador de la cámara a 1/10 de segundo de velocidad. No sé qué ha pasado. Puede que influyera mi estado de ánimo y que moviera el tomavistas. Comprendo —añadió encogiéndose de hombros— que trabajando a una velocidad de instantánea tan lenta, es difícil obtener buenas fotografías sin tener el tomavistas bien apoyado; lo que no entiendo es por qué no las he logrado ni buenas ni malas.

En aquel momento dieron las nueve de la noche y entraron en el despacho varios de los colaboradores del millonario, a quien participaron que todas sus órdenes habían sido cumplidas y que todo estaba preparado,

—Apenas me cambie de ropa —dijo mister Strand doblando el

mapa—, nos pondremos en marcha rumbo a África. Iremos en un «R Z-3» del Gobierno, Jim.

—¡All right! —contestó el piloto como si nada, sin preguntar siquiera a qué iban.

—¿A qué hora llegaremos? —indagó miss Shelf.

—De siete y media a ocho de la mañana —respondió el millonario poniéndose en pie y guardándose el mapa en uno de los bolsillos de la americana.

— ¡Casi doce horas de viaje! —suspiró la bella joven mientras mister Strand salía.

—No, miss Shelf —dijo Jim sin atreverse a mirarla—. En un avión de propulsión a chorro como el que vamos a llevar, se tarda muy poco más de cuatro horas,

—Miren qué gracioso... —se rió la muchacha despectiva yendo a sentarse en uno de los butacones de cuero—-. Sólo nos faltaba que venga usted a decirnos que su jefe estaba equivocado.

—No... —tartamudeó el piloto al verla pasar por su lado—, mister Strand, no... no suele equivocarse. Hace cinco años que soy jefe de su escuadrilla y he volado lo suficiente con él para saberlo. Pero es que ahora —caminó despacio hacia donde ella estaba—, en África son las tres de la madrugada.

¿Comprende? —musitó tembloroso al sentarse en el brazo de la misma butaca que ocupaba miss Shelf—. Cuando nosotros lleguemos, aun saliendo de aquí a las nueve de la noche, aterrizaremos a las ocho de la mañana de allí.

Miss Shelf levantó la cabeza para mirar a Jim, y éste la miró a ella a los ojos... Y a Ressel la pareció que sus miradas se habían enganchado y que ninguno se podía soltar.

—Mister Morely —dijo el periodista carraspeando y alargando la mano en franco ademán de saludo—, puesto que vamos a seguir la aventura juntos, quiero pedir a usted perdón por lo de... allá arriba.

—No se preocupe, mister Ressel —dijo el piloto volviendo la cabeza—. También yo perdí los estribos. Pero es que no me gusta que me digan que tengo miedo, porque me basto y me sobro para saberlo disimular. Yo preguntaba solamente. ¡Ah —exclamó estrechando la mano del del «Morning» y mirando a miss Shelf, la cual se ruborizó—, si todo pudiera disimularlo igual que el miedo!

CAPÍTULO VII

YEREBLU HABLA A LA TIERRA

AUMENTABA, si cabe, la mortal palidez que bajo las tinieblas cubría los rostros de todos, las veinticuatro personas que rodeaban al doctor Alfred S. Waist, de repente mudas de miedo, se frotaron los ojos.

A puerta cerrada, en la carlinga, el piloto del correo de Chicago, desconocedor aún de la calamidad que les había sobrevenido, al dejar de oír los gritos que el pasaje había estado dando, creyó pertinente meter baza para afianzar la renacida calma.

Y el hombre, ni corto ni perezoso, comunicó por el micrófono que la avería de la instalación eléctrica ya había sido localizada y que se estaba procediendo a su reparación.

El ronquido del cuatrimotor era tan profundo y acompasado como siempre. Mecánicamente hablando, el vuelo del avión era normal. Sus experimentados tripulantes, aun sin verlo, sabían que no estaban cayendo en el espacio.

El mecánico y el radiotelegrafista, mientras el copiloto rechinaba los dientes tan furioso como falto de habilidad para hacerse con el aparato, se cansaban en balde tratando de encender sendas linternas.

Michigan estaba cerca. El correo había que salvarlo costase lo que costase. Suponiendo que la oscuridad reinante se debiera a algún imprevisto eclipse total de Sol, en Michigan no dejarían de haber encendido en su aeródromo reflectores que les servirían de puntos de referencia, si llegaban a tener que hacer un aterrizaje... Había que mantenerse en el cuatrimotor por lo menos hasta que dejaran de volar sobre el lago.

Todas estas cuentas se estaba echando el piloto cuando la puerta de la carlinga fue abierta bruscamente y, al tiempo que los pasajeros volvían a desgañitarse, entró la azafata dando trompicones y gritando como enloquecida:

—¡Estamos ciegos!... ¡Estamos ciegos!...

Los cuatro miembros de la tripulación, con el cabello erizado, sintieron materialmente que la negrura que parecía envolverles se les metía por las cuencas y les inundaba el cerebro.

Con la espantosa sensación de que la aparente cortina negra que

les impedía, ver había dejado de ser algo puramente exterior a ellos, como electrizados, se levantaron de sus respectivos asientos, hacia los cuales se notaron irresistiblemente atraídos. Tanto, que tornaron a caer sentados sin poderlo remediar.

Sin verse los unos a los otros, se oyeron jadear pugnando con toda su alma por ponerse en pie y vencer la laxitud que por momentos se iba apoderando de sus miembros.

Si bien no experimentaban el característico hormigueo, igual las piernas que los brazos, los tenían como dormidos.

El copiloto, tras ímprobos esfuerzos, consiguió levantar unos milímetros el pie derecho, y cuando al fin tuvo que rendirse agotado, lo oyó chocar inerte contra el suelo.

La azafata era la única de las cinco personas que había en la tenebrosa carlinga que no estaba sentada. Habíase quedado como clavada detrás del radiotelegrafista, exactamente en el mismo lugar que ocupara poco antes, cuando tuvo que salir de allí por orden del piloto para rogar al pasaje que se pusiera los cinturones.

Mecánico y piloto, los cuales, entretenido con la linterna el uno y hablando a través del micrófono el otro, no habían variado de sitio desde entonces, permanecieron sentados donde estaban.

Los cinco tripulantes, sudando a mares, se daban perfecta cuenta de que estaban sufriendo una espeluznante parálisis no ya sólo muscular, sino psíquica también.

Segundo a segundo notaban cómo se embotaban sus mentes y cómo parecían escapárseles las ideas de la cabeza por algún inconcebible orificio que tuvieran en el cráneo.

Sin que nadie la tocara, la puerta de la carlinga se cerró de improviso. Por entre el estrépito largo de los motores que no dejaban de dar impulso al avión, todos oyeron el portazo.

Y entonces, como si la brusquedad de aquel ruido nuevo fuera una imperiosa orden, los viajeros quedáronse sin habla y se dirigieron como autómatas a sus respectivas butacas.

Exactamente cada uno en la suya, sin tropezar ni una vez entre sí, como guiados por un sexto sentido, cayeron pesadamente en ellas aquejando luego una paralización idéntica a la sufrida por los tripulantes.

Mistress Milnor fue a sentarse a estribor, junto al doctor Waist; y en la misma fila, pero a babor, mister Sharper, el circunspecto señor del terno marrón que se cubría con una gorra de viaje, al lado del calvo y grueso.

Detrás de estos, en dirección contraria a la de la marcha del cuatrimotor, el viajante mister Loockwood y el labrador de

Quintana Roo.

El resto de los pasajeros, ineludiblemente impelidos todos y cada uno de ellos a ir a ocupar la plaza que en Chicago les habían designado, quedó también exánime en las butacas amarillas del correo.

Con los ojos saliéndoseles de las órbitas a fuerza de querer ver, y sumidos en una especie de letargo o modorra, notaban como si les vaciasen la cabeza de pensamientos.

Y sin tener consciencia de lo que hacían, veintitrés de aquellas veinticuatro personas tornaron a ceñirse sus cinturones de seguridad, con lo que sus respectivas espaldas quedaron apretadas a los respaldos de las butacas.

El doctor Alfred S. Waist, el único que no se vio impelido a ponerse el cinturón, quedó con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante. Oyendo sin cesar el enloquecedor estruendo de los motores, puesto que estaba capacitado por razón de su carrera, trató de analizar lo que les estaba ocurriendo.

Es decir, lo que le estaba ocurriendo a él, que no era lo mismo que a los demás ciegos viajeros.

Hombre acostumbrado a bucear en las mentes humanas, como eminente psiquiatra que era, se dio cuenta mientras pudo, que no fue gran cosa, de que había caído en poder de un influjo tan indeterminado como real, y de que le estaba dejando el cerebro tan blanco de ideas como el de un niño recién nacido.

En tumultuoso tropel acudían a su mente unas ideas fugaces que desaparecían antes de que pudiera pensarlas del todo.

«Debo bajar en…» «¡Si doy visos de verosimilitud. ..!» «¡ ¡ Soy un emisario…! ! «Albany…» «¡ a mis actos…!» «¡ ¡Actuaré según mi criterio…! !» «Salir sin hacerme…» «¡Se curará la…!» «¡¡Me. pondré al habla con…!!» «Notar…» «¡Parálisis de retina que…!» «¡El presidente de…! «Es fácil…» «¡Sufrimos…!» «¡¡Washington…!!»

Con el natural temor al percatarse de que estaba balbuceando frases y palabras incoherentes, el doctor Waist aún tuvo un margen de lucidez suficiente para intuir que le estaban obligando a pensar.

Perdido ya por completo el dominio de su voluntad, no logró enterarse de que se equivocaba en parte. Le estaban obligando a pensar, sí, pero lo que pensaba no eran incoherencias.

Eran unas cuantas ideas simultáneas, transmitidas tan rápidamente que su humano cerebro debilitado no ordenaba, y que mal pronunciaba su boca al compás de los acelerados latidos de su corazón:

«Debo bajar en Albany. Salir sin hacerme notar, es fácil. ¡Si doy

visos de verosimilitud a mis actos, se curará la parálisis de retina que sufrimos! ¡ ¡Soy un emisario. Actuaré según mi criterio. Me pondré al habla con el presidente de Washington!»

Como un torbellino blanco, al tiempo que sintió como si algo se le hubiera destensado en las circunvoluciones de los sesos, el doctor vio que el departamento de pasajeros del correo de Chicago desaparecía súbitamente.

La venda de ceguera que le había estado cubriendo los ojos había sido arrancada. Ofuscado por la intensa luz que le hería las pupilas, miró en torno.

Todo, sin poder precisar qué era «todo», puesto que en realidad no había nada, era blanquísimo, impoluto, inmaculado como un campo acabado de nevar.

Algo mareado, tuvo la impresión de no encontrarse ni arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda. Le pareció ser, pero no estar. Existir como flotando en algún remoto país de ensueño donde no estuviera. Vivir como «a lo lejos», proyectado fuera de sí mismo, perdido en la inmensidad de algo blanquísimo que giraba y giraba con suave movimiento.

Un ruido como de gorgoteo se le fue metiendo por los oídos como un tornillo y le ocasionó la sensación de que se estaba alejando… Tampoco sabía de qué o de quién se alejaba. Pero debía ser de él mismo, ya que creía advertir que se iba de donde antes estaba.

El gorgoteo no paraba. Parecía provenir de todas partes. Lo inundaba todo, lo llenaba todo… Era un estruendo como hueco, de una cadencia tan monótona que le enloquecía.

Molesto, a punto casi de gritar, se llevó las manos a los oídos para tapárselos, y entonces, como si de lo blanco hubieran dado un tremendo tirón, lo vio alejarse de él.

Semejaba una esfera. Salvo que su contorno prestaba rugosidades de poca monta, como esfera podía ser tomada. Según se retiraba, el gorgoteo disminuía, disminuía…

Cuando por fin la perdió de vista, tragada como fue por la distancia en un abrir y cerrar de ojos, rodeado de un silencio espantoso, temió perecer aplastado por otra esférica mole que le cayó encima sin producir el menor roce.

Mas no murió, antes al contrario, que cuanto más se sentía como engullir por la esfera, blanca igual que la anterior, un a modo de viento le iba azotando con sus ráfagas la cara y le iba comunicando, a más de ansia de vida, certeza de vivir.

Sin haberse movido del sitio, le parecía ser él quien estuviese por sus propios medios atravesando la masa blanquísima de la

esfera, no que ésta se desplazase y le englobara.

No supo cuándo, se encontró con que el aire vivificador tomaba tonalidades rojas, luego anaranjadas, más tarde amarillas, después verdes, azules, añiles, violetas…

Velocísimos, aquellos tonos, de inconcebible pureza, se sucedían sin descanso. Estallaban silenciosos, resplandecían un momento y se esfumaban para dar paso al siguiente.

Sintiéndose como abofeteado por ellos, se tapó la cabeza con los brazos. Fue en vano. Los golpes de aire continuaron azotándole con despiadado vigor.

Comenzó a desfallecer. La cara le ardía. La sensación de no estar allí se le grabó fuertemente en el cerebro. Quiso escaparse, ir a buscarse a sí mismo… Rebelarse, resistirse, luchar…

Por último, con los colores siempre a su alrededor, corrió cuanto pudo tratando de huir. Jadeante, manoteó en un supremo intento de apartar los destellos que le estaban como impregnando por fuera y por dentro.

En un instante determinado, como si se le hubiera encendido en la mente una luz distinta a las demás, creyendo tener la cabeza de inconmensurable tamaño, se dio cuenta de que estaba cercado de ideas.

Millares, millones, más tal vez, se apretujaban en apresurados haces de colores que se diluían apenas los captaba. No eran ya los puros tonos de antes los que fluían sin parar.

Ahora eran como ramilletes superpuestos, mezclados, matizados, en una palabra, que constituían ideas concretas.

En continuo como tejer y destejer, formarse y desaparecer, se apelotonaban por doquier las ideas en colores que él asimilaba sin trabajo de ninguna clase.

«Pertenecemos —leyó en la policromía de los haces luminosos con menor esfuerzo aún que si estuviera escrito con letra— a un mundo situado allende el espacio, más lejos de donde habéis nunca soñado con poder llegar.

»No vivimos como vosotros, ni hablamos como vosotros. En todo somos diferentes. En nada, coincidimos. No obstante, vivimos y hablamos y pensamos. Y hasta soñamos, ¡Ay!

»Sabemos que a nuestro más cercano vecino del cielo lo denomináis en este pequeño astro planeta Plutón, y sabemos asimismo que compartís con nosotros el mismo sol.

»Nuestra misión es de paz. Por el momento, al menos.

No queremos atacaros, pero no toleraremos que no ataquéis. Si deponéis las armas, seremos vuestros amigos.

«Deseamos obrar en todos los aspectos sin causaros molestias, que viváis como si no estuviéramos sobre vosotros y que el curso de vuestra efímera existencia prosiga como siempre.

»Ese es tu cometido. Desciende de tu nave en el poblado que llamáis Albany, y comunícaselo a tu jefe de Washington. Exigimos que las armas sean depuestas.

»Yereblu ha hablado a la Tierra.»

No supo el doctor Waist quién o qué sería Yereblu. Sin embargo, tuvo la certidumbre de haber atraído correcta, e íntegramente los tres entrecortados chorros de luz que, en las postrimerías del mensaje, brotaron con inusitada rapidez.

Fueron como tres deslumbrantes fogonazos, amarillo uno, rojo el segundo y azul el tercero, que le hicieron parpadear; pero, naturalmente, visto que hubo su falta de continuidad, cortó los nombres de los tres colores por los lugares precisos, marcados con absoluta claridad por los destellos, y formó un todo que, traducido, como aquél que dice, significaba Yereblu[1].

Apagáronse las luces luego, y, mientras experimentaba la extraordinaria sensación de estarse contrayendo, quedó de nuevo envuelto en blanco.

Y ya fue él menos aún de lo que había estado siendo: acababa de metérsele dentro algo que le oprimía y le anulaba.

Era como un hálito, como un soplo, tomo un vapor que le producía algo parecido a una quemadura y que le hacía encogerse, reconcentrarse como si fuera un caracol, para evitar su contacto.

Sufrió un a modo de vértigo al caer, no supo dónde y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos estaba tranquilo, enormemente tranquilo...

No suponía él que el estar «rodeado de terrestres» le iba a proporcionar semejante estado de calma. Eran unos seres de lentísimos movimientos, cierto, que ya los habían observado detenidamente, pero nunca imaginó que le servirían de sedante.

Caminaba a gusto entre ellos, enterándose de «sus cosas». Buscaban a un hombre que se había tirado en marcha del correo de Chicago...

Chicago era un poblado que, si bien no estaba lejos de Albany, estaba lo suficiente para que resultara absurda la búsqueda del hombre en este último lugar.

¿Acaso serían detectores los que buscaban? Si hubiese estado en Yereblu no le habría extrañado. Allí había detectores capaces de eso y de más. Pero en aquel «astro tan diminuto»...

¡Bah! No podía creerlo. No eran detectores. No tenían potencia. Sólo tenían dos puntitos sensibles para recoger las vibraciones de la luz y, por otro lado, daba la impresión de que se estaban apagando.

¡Qué pesado resulta acoplarse a su lentitud! De buena gana les hubiera abandonado y se hubiese ido directamente a Washington a hablar con el jefe de todos ellos.

Pero órdenes eran órdenes, y él no podía contravenirlas. Además, debía aceptar el criterio de aquel molesto «ente», en cuya compañía iba, a quien ni siquiera se le ocurría conectar el comodísimo «sistema de ubicuidad»...

Sí, ya lo sabía. No debía criticarle. Hacía bien. Tenía la obligación de actuar con lo que allí se llamaba «naturalidad» y no dejar traslucir que «llevaba» a un enviado especial de Yereblu.

Por eso deambulaba de acá para allá, agachándose a veces para hacer que miraba debajo de las «astronaves», como buscándose a sí mismo, pues él era el desaparecido.

Más resultaba desesperante tener que desplazarse con tanta parsimonia. ¡Costumbres más raras...! Hasta aquellos «extraños artefactos», que ululaban y tenían ruedas, aun yendo más aprisa que todos, se movían como si estuvieran en las últimas.

¡Menos mal! Ya se iban... No debía temer nada. Por allí no era probable que hubiese ninguna de aquellas pulidas superficies que tan fuertemente reflejaban el Sol.

¡Espantosas armas! Aparecían en el instante más imprevisto como salidas del cuerpo de sus poseedores. ¿Cómo podrían éstos resistirlas? Era inconcebible.

Seguramente estarían «aislados», de no ser así... Porque es que se ponían delante de ellas como si les importara un comino interceptar los manojos de rayos solares que reflejaban.

Jamás pudieron suponer en Yereblu que algún ser, sin perecer abrasado, aguantaría el tremendo resplandor de aquellas radiaciones. En Yereblu, la luz del Sol era como una suave caricia, no como allí...

No, no existía en todo Yereblu quien fuese capaz realizar otro tanto. Ni la mitad siquiera. Mal se verían si tenían que intentar romper tan formidables defensas. Tan mal, que o resolvían el asunto pacíficamente, o nunca podrían vencerlas.

Bueno, nunca, nunca... Era un decir. Las líneas defensivas tenían sus puntos débiles. Por ejemplo, las dilatadas extensiones

«movedizas» que separaban las zonas habitadas, en algunas ocasiones no reflejaban la luz con la necesaria intensidad como para desasosegarles. Quizá se pudiera por allí...

Pero Yereblu no deseaba atacar a la Tierra. No dejaría de convencerse de ello el jefe de los «poblados altos». No pensaban meterse con nadie.

¿Por qué, pues, iba a oponerse a su venida? ¿Por qué iba a negarse a deponer las armas? Su visita era pacífica, no había motivo para...

¡¡Lo habían destruido!! Algo relampagueó en el aire soleado del campo de aviación de Albany, y se dio perfecta cuenta de que lo había atacado una habitante de la Tierra que caminaba delante, con el arma todavía en la mano.

Captó apenas los colores que llevaba y conoció que significaban una idea que no comprendió: «miss Thundering». Luego, como si fuera una gota de agua a la que se aplica un hierro candente, desapareció.

Todo vibró desacompasadamente. Zarandeado con fenomenal energía se sintió como traer y llevar. Subiendo y bajando como por un descomunal tobogán, sintió como un mareo o vahído que ni siquiera la velocidad de la atmósfera atenuaba.

Un vendaval multicolor le golpeaba el cuerpo y le hacía sentir un frío como de muerte que le helaba hasta los huesos y le hacía castañear los dientes.

Al oír que el ruido como de gorgoteo le taladraba los tímpanos y le causaba un dolor insufrible, cerró los ojos creyendo morir. Y como la tortura persistiese, imaginó haber muerto ya, haber dejado de ser.

El estruendo pasaba y repasaba sobre él como si lo que produjese se alejara y volviera, como si se balancease en el viento, como si fuera sólido.

De repente, en un momento cualquiera que debía haber sido igual al anterior, dejó de oír el gorgoteo y supuso aterrorizado que se había quedado sordo.

Pero no. A su lado oía un débil susurro como de respiración entrecortada. El viento ya no le azotaba y tampoco tenía frío. Estaba inmóvil y tenía la cabeza apoyada en algo blando...

Abrió despacito los ojos, temiendo seguir estando ciego, y, en efecto, así que despegó los párpados, por entre el enrejado de las pestañas aún, vio que no veía nada.

Palpó lo que le rodeaba y, al tocar los brazos de la butaca donde estaba sentado, en seguida se cercioró de que continuaba en el

correo de Chicago. Probó a ponerse en pie, y gritó como un chiquillo al conseguirlo. Y luego, de tan contento, como un chiquillo también, sacó la pistola que llevaba y se lió a tiros con el techo de las ventanillas.

CAPÍTULO VIII

MISTEK STRAND SE ASOMBRA

EL «R Z-3», a gran altura, volaba despacio. Metidos en su larga carlinga aislada, mister Strand, miss Shelf, Ressel y Jim podían darse cuenta de la monotonía del árido paisaje que tenían debajo. La arena, de aspecto sólido, continuamente quedándose atrás y continuamente siendo sustituida por otra igual de calcinada, parecía interminable.

De vez en cuando, como una navecilla aprisionada por olas petrificadas, en la inmensidad de la ondulación de dunas del desierto sobresalía el puntito verde de un oasis que caía dentro del área que el piloto estaba cubriendo. Desde hacía buen rato, describiendo círculos, estaban volando sobre el Desierto de Sáhara.

Eran las nueve de la mañana, El calor ya dejaba en el ambiente gran parte de su aplastante peso. Tanto en el cielo como en la Tierra, todo aparecía en calma. El reactor funcionaba normalmente. Jim, ojo avizor para no ser cogido desprevenido, evolucionaba sobre la zona donde el millonario había calculado que debían encontrarse con los platillos.

Inopinadamente, el estrépito como fragoroso del escape del aparato de reacción se trocó en el inolvidable gorgoteo, y las cuatro bolas blancas, como si se hubiera descorrido algún invisible telón que las hubiese estado tapando hasta entonces en el cielo, surgieron a proa, dos a cada lado, como formando los vértices de un cuadrado gigantesco.

El rubio piloto, sin saber si alarmarse o no, probó a virar en redondo aunque no fuera más que para comprobar si los mandos funcionaban, cosa esta última de la que se cercioró, pese a que el viraje no lo pudiera llevar a cabo por más que los timones se movieran come si nada pasara.

El rápido avión no se dejaba influir por ninguna maniobra y proseguía su rumbo, recto hacia adelante. No atreviéndose Jim a abandonar su puesto, por si venían mal dadas, ladeó perplejo la cabeza para preguntar a su jefe qué debía hacer.

—Nada —respondióle tranquilamente éste, que estaba rebuscando afanoso en una cajita alargada que se había sacado del bolsillo—. Siga como va y corte el encendido. Puede soltar los mandos si quiere. No los necesitamos para maldita la cosa. Los platillos vienen hacia nosotros y sus tripulantes se encargarán de

conducirnos donde quieran. Nosotros, además de que no deseamos impedírselo, porque para algo hemos venido hasta aquí, no podríamos evitarlo.

Las cuatro esferas, dando vueltas y más vueltas, se desplazaban al encuentro del «R Z-3». Estaban, empero, tan separadas de él, que Jim no temió ni por un momento que pudiera sobrevenir un choque. Parecía como si quisieran hacerles pasar por el centro geométrico de aquel cuadrado que formaban en el claro azul del Armamento.

Miss Shelf y Ressel, acomodados cada uno a un lado de la carlinga, miraban interesadísimos, con sendos potentes prismáticos, cómo se agrandaban los platillos volantes, deseosos de que estuvieran lo suficientemente cerca para poder realizar el experimento de mover la cabeza y ver qué colores tenían.

No iban, sin embargo, a poder satisfacer su curiosidad. Las blancas esferas, cuanto más se aproximaban ellos al centro del cuadrado, iban como alejándose.

—Préstenme un segundo de atención —pidió a todos mister Strand—. Es muy importante lo que tengo que decirles. Supongo se han dado cuenta del súbito modo que han tenido los platillos de aparecer en el aire. Hubiérase dicho que han surgido por generación espontánea...

—-¿Verdad que sí? —interrumpió miss Shelf—. No estaban, y de repente... ¿zas!

—Ha sido francamente increíble —exclamó Ressel.

—Atiendan, por favor, que no tenemos tiempo que perder —siguió el millonario, quien ya había sacado de la caja unas cuantas gafas de cristales gruesos—. Creo que los platillos estaban, aunque no los viéramos. Estimo que debían estar digamos ocultos, detrás de algo como si fuera una cortina de luz. En fin, pónganse delante de los ojos estas gafas, y quiera Dios que no nos jueguen la mala pasada, desde los platillos, de dejarnos ciegos de repente, por ejemplo, o de hacerse invisibles de nuevo.

Todos cogieron las gafas y se las pusieron en silencio, tras haberlas observado con curiosa atención.

—Los cristales son prismas de Nicol —explicó mister Strand—. Como ya saben, son dos trozos de espato de Islandia pegados con bálsamo del Canadá.

—¿Y qué objeto tienen? —preguntó miss Shelf—. Sé, por haberlo estudiado, que el prisma de Nicol es un analizador de la luz polarizada, pero no se me ocurre para qué los utilizamos, ni recuerdo ahora cómo actúan.

—Pues se lo voy a explicar —dijo el millonario complaciente—.

El rayo de luz ordinario que penetra por el primer trozo de espato sufre la reflexión total, porque pasa con la suficiente oblicuidad a un medio para él menos refringente, y se aparta a un lado, quedando sólo el rayo extraordinario, que es el que estamos viendo, ya que le sucede lo contrario al anterior y emerge paralelo al incidente.

—En resumen —terció Jim—-, que nos ha dado usted unas gafas para no ver las cosas con luz natural.

—Pues sí —sonrió mister Strand—. No debemos ver más que lo que nos convenga. Otro gallo cantaría a los pasajeros del correo de Chicago si hubiesen podido hacer otro tanto.

Envueltos siempre en el consabido gorgoteo, los cuatro platillos estaban ya muy cerca de rebasar al «R Z-3», el cual, por el propio impulso que antes llevaba, como si tuviese su tren de aterrizaje apoyado sobre unos carriles horizontales, seguía volando recto con igual velocidad o más que cuando funcionaba su propulsor.

—¿Supone usted que realmente les ha sucedido algo malo? —quiso saber Ressel, refiriéndose a los pasajeros del correo desaparecido.

—Hombre... —encogióse de hombros mister Strand—. No sé qué le diga. Desde luego, me resisto a creer que los tripulantes de los platillos, después de llamémoslo amabilidad con que nos trataron a nosotros, los hayan desintegrado.

—¿Dónde estarán, pues? Un cuatrimotor no es un alfiler.

—¿Quién sabe...? —principió a decir el millonario.

Y se detuvo.

Porque es que en aquel instante estaban rebasando el cuadrilátero que los platillos formaban en el cielo, y se dio cuenta de que, aunque mirando a través de las gafas veía el azul firmamento, por los rabillos de los ojos, allí donde no había espatos, como si repentinamente se hubiese hecho de noche, estaba todo negro.

— ¡No se toquen las gafas! —ordenó imperioso al fijarse en que tanto los del «Morning Press» como el piloto se llevaban las manos a ellas, dispuestos al parecer a quitárselas.

— ¡¿Qué está ocurriendo?! —inquirieron a una sus tres compañeros, deteniéndose.

El «Z R-3», volando o planeando, o lo que quiera que fuese, seguía su rumbo como si tal cosa. Los platillos volantes, que ahora estaban ya a popa, iban empequeñeciendo el cuadrado que formaban, y el gorgoteo que producían llegaba a la carlinga con fuerza cada ratito menor.

—Ustedes no ignoran —habló serenamente el flemático mister Strand— que los vibraciones luminosas son transversales, y que la luz natural es diferente a la polarizada. Un rayo luminoso natural es como una recta que tiene todos sus puntos materiales vibrando en todos y cada uno de los infinitos planos que pasan por él. Un rayo de luz polarizada, como es posible que recuerden, no tiene vibrando sus puntos materiales más que en dos direcciones, en dos planos. Esto, en determinadas circunstancias, podría dar lugar en el ojo humano a una como a modo de amaurosis o ceguera que…

—¡Estamos cayendo! —gritó miss Shelf, apresurándose a ponerse el paracaídas, como si deseara repetir la experiencia de Boston.

El aparato de reacción había «picado» de morro y se dirigía había el desierto inclinado peligrosamente. De seguir así, acabaría por clavarse materialmente en la arena. Los platillos volantes, a popa siempre, se acercaban unos a otros, cada vez más.

Abajo, en las dunas, la sombra del «R Z-3» parecía tener algo de pájaro de mal agüero.

Jim abrió la carlinga por si tenían que saltar. Una ráfaga de aire abrasador se coló de rondón en el interior del aparato, cuyos ocupantes tuvieron la sensación de haber entrado en contacto con fuego.

El millonario, apenas se hubo puesto su paracaídas a toda prisa tiró fuera del avión un gran bulto alargado que cayó dando vueltas.

—Es una tienda de campaña —dijo sin inmutarse—. No sé por qué me pareció que la precisaríamos, y…

El «R Z-3», como si se hubiera encabritado, se puso a dar desacompasados saltos en el espacio, y cayó girando sobre sí mismo luego.

—¡Por los lados de las gafas ya se ve luz! —avisó el altísimo periodista agarrado con todas sus fuerzas a un asiento.

—Debemos haber salido fuera de la influencia de los platillos —repuso mister Strand, sereno, pero asido también fuertemente a un saliente de la carlinga.

—¡¿Cojo los mandos?! —pidió parecer Jim, dándose cuenta de que entonces era probable que pudiera hacerse con el avión,

—Cójalos, sí —estuvo de acuerdo el millonario.

El piloto, sin perder un segundo, puso manos a la obra. La velocidad que había adquirido el aparato era considerable. Cada momento que pasaba crecía el peligro de que no pudiera sacarlo de la barrena en que estaba cayendo.

Pero Jim Morely, no en balde era el jefe de la escuadrilla de

mister Maxwell N. Strand, era un piloto expertísimo. Y con hábiles movimientos alternados de los timones, allí donde la mayoría habrían fracasado, él logró enderezar el reactor y hacerlo planear.

—¿Debo poner en acción el propulsor? —interrogó a su jefe después.

—Si puede —consintió éste—, ¿por qué no?

El «R Z-3», empero, se resistió a que Jim se saliera con la suya, y después de un forcejeo en el que el piloto no sacó nada en limpio, continuó dócil, mientras se tratara sólo de hacerlo planear.

—Pues planeemos —accedió mister Strand cuando Jim le comunicó lo que pasaba—. Eso significa que los tripulantes de los platillos tienen empeño en que aterricemos en el desierto.

—¿Podremos quitarnos ya las gafas? —preguntó miss Shelf, quien, por la falta de costumbre de llevarlas, sentía sobre su nariz la molestia de su peso.

—Sí —dijo el millonario—. Puesto que la luz es normal, no encuentro inconveniente en ello. Guarden cada uno las suyas y ténganlas siempre a mano.

A Jim no le costaba en absoluto gobernar al «R Z-3». Aun con toda la serie de dificultades que entraña planear con un aparato tan pesado, él parecía superarlas sin esfuerzo.

Tal facilidad había en el manejo del reactor, que parecía haberse dicho que no era Jim el que lo pilotaba a él, sino él a Jim.

Los cuatro platillos volantes habían desaparecido. Por más que todos se despojaron mirando al cielo procurando dar con ellos, no los vieron por ningún lado.

El calor apretaba de firme. Mister Strand, con la frente perlada de sudor, cuando ya estuvieron a punto de aterrizar, le dijo a Jim:

—Haga lo posible por tomar tierra cerca de la tienda de campaña. Además de ahorrarnos la molestia de ir a buscarla, nos resguardará del Sol.

Y Jim, que tenía intención de haber hecho lo que su jefe decía, gruño con cierto malhumor algo que nadie pudo entender, pero que se refería a la realmente asombrosa cualidad de mister Strand, el cual no dejaba nunca tomar iniciativas a nadie y se adelantaba siempre.

El aterrizaje en la superficie ondulada del desierto no tuvo el menor incidente. Cuando saltarén del aparato sus cuatro ocupantes, allí mismo, estaba el largo envoltorio de tela que era la tienda plegada.

— ¡Miren…! —gritó apuntando a lo lejos de pronto la bella miss Shelf—. ¡Es una ciudad!

—¿Cuál? —preguntó el millonario mirando en la dirección que la muchacha indicaba—. ¿Eso? No, miss Shelf. El desierto se llama desierto precisamente porque no hay ciudades en él. Lo que estamos viendo no es más que un espejismo.

— ¡Pues parece una ciudad de veras! Tiene sus casas, sus árboles... ¿No es aquello alargado que se ve un tren eléctrico?

Mientras Jim se encargaba de bajar del reactor paquetes y más paquetes, mister Strand, ayudado por Ressel, al tiempo que hablaba, iba desplegando la tienda de campaña a la sombra del aparato.

—Puede que sea un tren eléctrico —dijo sin mirarlo ya siquiera —, pero no está donde parece. Eso no es más que una dilatación de la atmósfera al contacto con el suelo arenoso y caliente, el cual hace que el aire se disponga en capas superpuestas según un orden de densidades hacia abajo. Los rayos solares, que se apartan de la normal a medida que atraviesan esas capas, orientan su convexidad hacia la tierra y la refracción atmosférica se invierte. El veloz desplazamiento de las capas de aire, al subir, contribuye a la ilusión.

—De acuerdo —saltó miss Shelf mirando el curioso fenómeno con unos prismáticos—. Ya sabía lo que era un espejismo. Sin embargo, también sé que deberíamos ver las imágenes al revés, como si estuvieran reflejadas en un lago, y yo veo que ahí hasta los árboles están «al derecho».

El millonario dirigió la vista un instante al espejismo y luego siguió impertérrito clavando una de las estacas en las que debería apoyarse la tienda.

—Claro que están «al derecho» —recalcó también él las palabras —. Como que esos árboles pertenecen al oasis que hemos estado viendo desde arriba. Pero no se puede afirmar igual en cuanto a lo que a los edificios se refiere. En las fachadas se ven, sí, las cuadrículas de puertas y ventanas, mas ¿podría usted decir qué es «arriba» y qué es «abajo»?

Antes de que la joven pudiera decir nada, Jim se dejó caer una caja de madera que estaba sacando del «R Z-3» en sus robustas espaldas. Rebotó la caja contra el suelo, en donde produjo un ruido sordo, y se abrió por la mitad.

—¿Es que teme usted a los tuaregs? —sonrió Ressel al ver que contenía dos rifles de repetición y varias cajas de municiones.

—Hay que estar prevenidos —limitóse a responder mister Strand con su tranquilidad característica. Y agregó: —Aunque no creo que contra los tripulantes de los platillos puedan servirnos de nada, a otros, si el caso llega, les impondrán respeto. Ya comprenderán que no íbamos a venir al Desierto de Sáhara con las manos en los

bolsillos.

—A mister Strand —terció Jim— no se le olvida nunca ningún detalle, mister Ressel. Me apuesto lo que quieran a que entre todos los bártulos que hemos traído —señaló el montón de paquetes y cajas que había ido depositando junto a la tienda de campaña—, se encuentra desde su máquina de escribir preferida hasta su estuche de afeitar.

—¿No podríamos verlo…? —dijo de improviso miss Shelí.

— ¡¿El estuche de afeitar?! —la interrumpió parpadeando asombrado su compañero de redacción.

— ¡No! —-mego rotundamente la muchacha—. El espejismo, desde más cerca.

—No es posible, jovencita —rió de buena gana el millonario—. Si nos acercáramos, se esfumaría. Aquí estamos a la distancia justa para…

—Pero llegaríamos al oasis, ¿no?

—Eso sí, naturalmente.

—Tengo muchas ganas de ver un oasis de cerca, miss Shelf —cogió Jim por los pelos la oportunidad de poder estar a solas con ella—. Si espera un segundo a que acabe de bajar esta caja, voy con usted. —Y añadió mirando a su jefe—: Es la última.

—Póngase estos cascos de corcho —les dijo mister Strand alargándoles un par que había sacado de un cajón— y no se los quiten para nada. Hace demasiado calor y podrían coger una insolación. Lleven un par de cantimploras con agua y, cuando menos, un rifle con municiones. Apresúrense a ponerse las gafas si vuelven a aparecer los platillos volantes.

El Sol, elevándose en el cielo con el tiempo, enviaba a la Tierra unos rayos cada vez más perpendiculares. El calor era insoportable. La arena quemaba los pies a través de los zapatos.

Al marcharse la pareja, mister Strand y el periodista del «Morning» optaron por «penetrar en la tienda e ir poniendo en orden lo más imprescindible.

El millonario no pensaba ir a acampar al oasis. Puesto que los tripulantes de los platillos —él no dudaba que los tuviesen— les habían hecho descender allí, creía que sus motivos tendrían.

Ahora ni se escuchaba el gorgoteo de sus propulsores, ni se divisaban los aparatos rondando por el firmamento con su típico temblor aparente. Quizá, como antes habían estado, estuvieran cubiertos por la cortina de luz, o de lo que fuera, o bien dándose otra vuelta alrededor de la Tierra.

No sabía cuánto tardarían a estar de regreso. Era muy posible

que siguieran el mismo proceso que al volar sobre los Estados Unidos, y que tan pronto se desplazaran a aquella inaudita velocidad de ciento cuarenta y cuatro mil kilómetros por hora, como se detuvieran inmóviles en medio de la atmósfera durante un largo lapso de tiempo que no se podría determinar.

—Pero volverán —estaba diciéndole mister Strand a Ressel—. Estudié detenidamente su ruta y me di cuenta de que, pese a que parezca lo contrario, tiene mucho de rígida. Sospecho que se han trazado un camino y que lo siguen sin salirse de él.

—Así, pues —dudó el periodista—, ¿supone usted que no lo pueden abandonar?

—Como poder, poder... También usted cuando va en su automóvil por una carretera «puede» dejarla. Sin embargo, ¿qué iba a hacer usted en la cuneta? A mí me da la impresión de que los mares son para ellos la cuneta.

— ¡Mister Ressel!... ¡Mister Strand!... —oyéronse de súbito las voces de miss Shelf y de Jim en el exterior.

Salieron de prisa los dos aludidos a averiguar lo que les sucedía a sus compañeros para que gritasen tan desaforadamente, los vieron llegar sudorosos y corriendo a más no poder.

El piloto traía a la joven cogida de la mano y tiraba de ella como si quisiera arrancarla el brazo. Miss Shelf, por su parte, parecía poner todo su empeño en seguir la marcha que le imponía su acompañante y venía casi en volandas, sin rozar apenas la arena en donde Jim se hundía hasta los tobillos.

Ya que hubieron llegado a la sombra del reactor, la bella periodista, soltándose del piloto, se dejó caer extenuada en el suelo.

—¿De dónde vienen tan corriendo? —habló el millonario extrañado de que ni el uno ni el otro dijera nada.

La respuesta que oyó, a pesar del sofocante calor que hacía, le dejó poco menos que helado y con un palmo de boca:

—¡Venimos del espejismo!

El flemático mister Strand pestañeó perplejo, pero ellos insistieron tanto, que acabó por encararse con el periodista y decirle:

Mire a ver si han puesto quinina en el botiquín, mister Ressel. Seguramente tienen fiebre.

CAPÍTULO IX

LA CIUDAD DEL, DESIERTO

NO tenemos fiebre, mister Strand —negó Jim—. Les aseguro formalmente que hemos estado en el espejismo. Y no sólo que hemos estado, sino que hasta lo hemos...; ¡tocado!

—Las paredes de las casas que se ven —aseguró miss Shelf—, tienen una consistencia semejante a la de la gelatina. Y no están al revés, sino al derecho y bien al derecho.

El millonario habíase echado para atrás el casco de corcho con que se cubría, como todos, la cabeza, y se entretuvo limpiando los vidrios de su gafas de fina montura de oro mientras se enteraba de cuanto rápidamente le decían.

—Es como una ciudad «blanda» que estuviese empotrada en el oasis, pueden creernos —adujo el piloto.

—Eso es —afirmó la joven—. El oasis es... de oasis, y los árboles son de árbol, pero lo demás...

—¿Han entrado? —la interrumpió mister Strand volviendo a ponerse las gafas.

—No, señor —contestó Jim—. Hemos llegado sólo hasta lo que podríamos llamar los arrabales.

—¡Y se han asustado!

—No. A pesar de las balas, no...

—¿Pero es que les han disparado?

—En efecto, mister Strand. Una de las balas cayó a nuestros pies, levantando un surtidor de arena, y la otra produjo un chasponazo en el tronco de una palmera.

—No hemos oído los tiros —dijo Ressel secándose el cuello y la cara con, el pañuelo.

—¡Tampoco nosotros! —exclamó miss Shelf—. Jim... Bueno, mister Morely dice que las han debido disparar con silenciador.

—¿Han disparado ustedes? —preguntó el millonario metiéndose en la tienda de campaña.

—No, mister Strand —respondió Jim—. Hemos creído preferible venir a avisar. Allí no se ve alma viviente y está todo rodeado de un

silencio espantoso.

—Muerto, se diría.

—Vamos a verlo —ordenó mister Strand—. Mister Ressel, coja un rifle de los que hay ahí dentro. Jim —salió de la tienda con una especie de maletín en la mano—, hágase cargo de esto. Miss Shelf, usted puede esperarnos aquí.

—¡De ninguna manera! —se opuso la muchacha poniéndose en pie de un salto y sacudiéndose la arena de la falda—. Yo voy con ustedes.

Echaron a andar. Los hombres, en mangas de camisa; la periodista del «Morning Press», con su falda blanca y su blusa verde. Ellos, con sendos rifles, más el maletín que transportaba el piloto. Todos, con los cascos de corcho pintados de blanco en la cabeza.

Seguían las huellas de los pasos de miss Shelf y de Jim, claramente marcados en la arena, pues que habían ido sin apresurarse, en contraposición con los de vuelta, tan confusos como profundamente señalados.

El Sol, en su incansable avanzar firmamento adelante, estaba casi en su cénit y dejaba caer a plomo sus pesados rayos sobre la requemada región del Sáhara.

De improviso, el millonario, a través de los cristales de sus gafas, pareció descubrir algo muy importante en las huellas. Y diciendo entre dientes: «¡Demonio!»..., se puso a mirar al suelo con tanto detenimiento como lo hubiera hecho un piel roja al rastrear.

Sus compañeros de aventuras miraron también, pero no pudieron sacar nada en limpio. Sin embargo, para mister Strand, aquellas huellas que seguían, de Jim y de miss Shelf, al ir al oasis, hablaban... Hablaban de amor.

Paralelas, habían arrancado separadas de la tienda de campaña, situada bajo el ala del «R Z-3», y se habían ido acercando paulatinamente, a medida que avanzaban, hasta llegar casi a juntarse; luego, bruscamente, se alejaban las unas de las otras, y poco más allá, juntándose de nuevo, seguían ya sin separarse hasta llegar a determinado lugar, próximo al oasis, en donde las puntas de los pies del piloto y de la periodista estaban superpuestas y revueltas. De allí, haciendo eses, salían tan juntas, tan juntas...

—Quiero ser el primero que les de la enhorabuena —espetó de repente mister Strand sin dirigirse directamente a nadie en particular—. ¿Cuándo es la boda?

—¿Cómo dice? —preguntó el alto Ressel enarcando las cejas con gesto de extrañeza.

—Gracias —dijeron al unísono Jim y Shelf. Y añadiré el primero —: ¿Es usted brujo?

—Observador solamente —sonrió el millonario deteniéndose para estrechar las manos de su piloto y de la guapísima morenita del «Morning».

—¿Ah, pero es que...? —habló Ressel perplejo, tendiéndoles su mano igualmente.

—Así es, amigo —rió feliz Jim—. Leti y yo nos vamos a casar. —Y cogiendo del brazo a su novia, siguieron andando hacia el oasis.

Nada se movía en él. Ya estaban casi encima de las construcciones y de los árboles. Como muy bien había afirmado miss Shelf, todo se veía «al derecho», es decir, no estaba boca abajo, como sucede con las imágenes que se ven en los espejismos.

Mister Strand, como temeroso de lo que pudiera ocurrir, al llegar a la palmera en donde se veía la señal que había dejado la bala que había sido disparada desde dentro de... aquello, tocó el tronco con un dedo. No sucedió nada, ni bueno ni malo. El árbol era sólido, «De árbol», como dijera la joven periodista.

Dieron un par de pasos, cautelosamente, y alcanzaron la primera casa que se alzaba en el oasis. Estaba deshabitada. Hasta sin ver que tenía puertas y ventanas cerradas a piedra y lodo, tan sólo con respirar el extraño aire que la rodeaba, hubiérase podido saber que no había nadie en ella.

Era un edificio de tres plantas y azotea o terrado, cuyas paredes estaban pintadas de un verde de tono semejante al de las hojas de las palmeras que tenía en derredor.

Ressel y el millonario, al tocar la fachada, sintieron en sus respectivas manos una sensación entre blanda y huidiza que les produjo un escalofrío.

Mister Strand, pegado al muro, anduvo a paso de lobo hasta la esquina. Allí comenzaba la urbanización de la ciudad. El suelo arenoso del desierto, salpicado de algunos raquíticos brotes de hierba del oasis, se interrumpía para convertirse en una lisa calzada recubierta de asfalto.

Miss Shelf, Ressel y Jim se reunieron con el millonario en el preciso momento en que éste comenzaba a palpar el aire.

—Parece como si fuera una campana de cristal... blando —dijo.

—¿No será que estamos fuera del tiempo otra vez?

—No creo, mister Ressel —dio contestación el millonario al autor de la pregunta—. Esto es diferente. Si estuviéramos en el interior de la campana, no digo.

—¡Miren esto! —susurraron el piloto y su novia señalando la

esquina de la casa—. Juraría —prosiguió diciendo Jim— que es el orificio de una de las balas que nos dispararon.

Era un agujerito redondo que muy bien podía haber producido un proyectil.

—Busquemos el otro —ordenó el tranquilísimo mister Strand—. No debe de estar lejos.

Y no lo estaba. Se hallaba escasos metros más allá, junto a la puerta de la finca.

—Si las balas han atravesado la pared de dentro a fuera, también la atravesarán de fuera a dentro —aseguró el millonario—. Voy a hacer un disparo hacia el suelo, pero de modo que tenga que atravesar el muro.

Echóse para atrás un paso, determinado a hacer fuego con el rifle de repetición, y, sin saber por qué, dominado por un vago temor que no supo explicarse, levantó la cabeza para mirar a las ventanas de la casa.

Y entonces, dejándoles estupefactos y aturdidos por la rapidez con que el hecho se produjo, un rayo de Sol chocó con los cristales de las gafas y fue de rechazo a dar en la puerta, la cual, prodigiosamente, como un temblor inexplicable, desapareció de donde estaba.

—¡¿Qué ha sido eso?! —quiso enterarse Jim.

Pero antes de que pudiera obtener respuesta, el ruido de gorgoteo les atronó los oídos, y apenas tuvieron tiempo de ponerse cada cual las gafas especiales que llevaban.

Los cuatro platillos volantes debían encontrarse muy cerca. El ruido de sus propulsores no era como en anteriores ocasiones arrullador. Ahora era como un rugido de fiera, como fragor de una tormenta, como el estruendo de las cataratas del Niágara...

Y aumentaba más sin parar.

—¡Métanse en el portal! —mandó mister Strand—. No se quiten las gafas por nada del mundo.

Uno a uno, los fue empujando para ponerlos a cubierto de cualquier ataque directo que proviniese de los tripulantes de los platillos. Y como él pretendiera echar un último vistazo al cielo, antes de penetrar en la casa, giró rápidamente la cabeza, y cuando la volvió a su frente, con ostensible intención ya de entrar por la puerta, como ésta hubiese surgido inesperadamente donde antes estuviera, se estampó contra ella.

El millonario, tambaleándose, no se anduvo con chiquitas. Se puso en el hueco de las manos sus gafas de fina montura de oro y originó con uno de sus vidrios un chorro de luz que proyectó contra

la puerta.

Igual que antes, tras el consabido temblor, el obstáculo que le separaba de los del «Morning Press» y de Jim se desvaneció, con lo que estos tornaron a ser visibles.

Mister Strand no dejó de recorrer el edificio de acá para allá con su chorro luminoso, y, según lo iba enchufando con él, íbalo desmoronando como sí fuera de cera.

—¡Imíteme! —le dijo al piloto rompiendo sus gafas por la mitad y entregándole uno de los cristales.

Codo a codo, los dos hombres, como unos extraordinarios bomberos que en vez de fuego apagaran las gelatinosas imágenes proyectadas a distancia, que tales eran las que formaban aquella fantástica ciudad del corazón del Sáhara, fueron abriendo enormes brechas en las edificaciones, las cuales, a ojos vistas, se arrumaban materialmente.

En la atmósfera, cargada de electricidad, brillaban como pequeños relámpagos las imágenes al esfumarse. El calor ahogaba con sus garras. El gorgoteo de los platillos volantes era tremendo. La tierra trepidaba.

Jim y el millonario, con Ressel y miss Shelf en pos, no cesaban de avanzar en dirección al centro del oasis. Uno por la derecha y el otro por la izquierda, firmes y decididos los dos, deshacían todo lo irreal que encontraban a su paso.

Dejando en su lugar palmeras y arbustos, casas y pavimentos se iban diluyendo en el aire.

Ora mister Strand, ora el piloto, avisados mediante golpecitos en los hombros por los periodistas, algunas veces tenían que volverse y aplastar con sus respectivos chorros de luz tal cual pedazo de edificación que no había desaparecido por completo y que amenazaba con renacer.

Cuando menos pensaban, en las cercanías del pozo que en el oasis había, se hallaron en un encharcado terreno, a uno de cuyos lados, con el tren de aterrizaje destrozado, estaba... ¡¡el correo de Chicago!!

Como acostado en un lecho formado por centenares de verdes arbustos, el plateado cuatrimotor, habiendo metido inverosímilmente sus larguísimas alas extendidas por entre las palmeras, era como un gigantesco pájaro que hubiera descendido en el oasis para aplacar su sed en el pozo.

El millonario dijo algo que a causa del espantoso gorgoteo no se oyó, pero que, puesto que se lo arrebató, debía referirse al maletín que llevaba el piloto, y se encaminó resueltamente con él a la puerta del aparato, entornada a ras de suelo, por la que se

introdujo.

Miss Shelf y Ressel le siguieron. Jim, con el cristal de los lentes de mister Strand preparado, se quedó vigilando el cielo por entre los huecos de la vegetación.

Lo primero que se veía en el interior del correo era un hombre vestido de azul marino, caído de bruces junto a la puerta misma. Era el doctor Waist, y tenía una pistola en la diestra.

Los demás pasajeros, puestos los cinturones de seguridad y tan inmóviles que parecían muertos, estaban sin excepción sentados en las butacas amarillas del largo departamento del avión.

Mister Strand dejó el maletín en el suelo y lo abrió. Contenía numerosas cajitas cuadradas, cada una de las cuales, a su vez, encerraba varias gafas de cristales polarizadores.

Indicó con un ademán a los periodistas que hicieran lo que él, y en breve tuvieron a las veinticuatro personas con las gafas colocadas delante de los ojos, cerrados a la sazón.

Pasaron después a la carlinga, y allí, al ver a la azafata en pie, supusieron que ésta se hallaba en mejores condiciones que los otros, pero cuando miss Shelf la tocó en un brazo para advertirla de su presencia, la muchacha se vino al suelo como fulminada.

La temperatura era altísima. El estruendo de los platillos volantes se hacía insufrible. El pesado cuatrimotor, de tanto como el oasis trepidaba, comenzó a saltar cada segundo más desacompasadamente.

Dejando a los del «Morning» ocupados con los tripulantes, el millonario volvió veloz al departamento de pasajeros, cogió el bolso de mistress Milnor, de donde sacó un espejito, y salió corriendo por la puerta del aparato.

Jim, para no caerse, había tenido que agarrarse al tronco de una palmera. La situación era insostenible. El temblor de tierra estaba tomando proporciones alarmantes. Por otro lado, el ruido parecía haber llegado al colmo de su intensidad, y ya no se sabía si se oía o si los tímpanos habían estallado.

Súbitamente, por encima de las edificaciones que aún quedaban sin destruir en el oasis, más allá del pozo, aparecieron juntos los platillos volantes.

Mister Strand, sin vacilación, orientó hacia el Sol el espejo de mistress Milnor, de manera que los rayos reflejados se dirigieron a lo alto, y fue apuntando con ellos, una a una, a las cuatro astronaves de Yereblu.

Fue visto y no visto. Como si hubieran sido inflados globitos de goma y se les hubiese aplicado un cigarrillo encendido, así los

platillos dejaron de estar en el cielo.

Al mismo tiempo, mientras las casas del oasis, romo si se hubiesen hundido en él, fueron sustituidas por árboles y arbustos, la tierra dejó de temblar y el terrorífico gorgoteo de los propulsores cesó.

La calma resurgió aplastante. El silencio pareció inmenso, hueco…

Temiendo haberse quedado sordos, el millonario y el piloto se llevaron las manos a las orejas.

—¡Los ha desintegrado! —exclamó luego Jim, refiriéndose a la desconcertante celeridad con que los platillos volantes habían dejado de verse.

—No creo —denegó mister Strand quitándose las gafas polarizadoras—. Este espejo no puede tener suficiente potencia para hacer eso. Me conformaría con que les haya obligado a largarse a su astro más que a paso.

Del cuatrimotor empezó a salir gente. Los primeros, bostezando a más y mejor, mister Loockwood y el agricultor yucateco; después, en un grupo, restregándose los ojos y desperezándose, el doctor Alfred S. Waist y ocho o diez pasajeros más.

Lentamente, con vacilantes pasos, las veinticuatro personas que iban en el correo de Chicago fueron saliendo de él.

Jim, de pie en el quicio de la puerta, sin casi notarlo ellos, les quitaba las gafas que llevaban y las colocaba en las cajas.

No había ningún herido. Todos, empero, parecían adormilados. Nadie quería dar crédito a lo que veía. Mistress Milnor, que se había sentado a dormitar a la sombra de una palmera, sólo sabía exclamar: «¡Un peligro, un peligro!»…

El piloto, el copiloto; el mecánico y el radiotelegrafista, sintiendo en los párpados el peso de un sueño invencible, se encaminaron al pozo dispuestos a darse un chapuzón que los despabilase.

—Jim —ordenó tranquilamente el millonario al ver el estado de somnolencia de aquellos hombres—, póngase al habla con Chicago, y pida ayuda.

Pero Jim estaba pelando la pava con la bella miss Shelf, y mister Strand se vio en la necesidad de repetir su orden.

—«Pónganse» —dijo con sorna— al habla con Chicago. Y «pidan» ayuda. ~—Y agregó seriamente—: Como regalo de boda, miss Shelf, cuente con una pulsera de brillantes con cuatro bolas blancas.

Los dos enamorados se llegaron a la carlinga y transmitieron un

mensaje que hizo preguntarse perplejo al radiotelegrafista receptor:

—¡¿Tan mal estarán los heridos, que ni precisan médico..?!

Porque es que, consignado que los tórtolos hubieron la posición del correo, habían añadido: «Envíen un sacerdote».

FIN

INDICE

	Novela Original (1956)	Novela Actual	

LA CIUDAD SUBMARINA

Un terrible peligro que había sido olvidado, cobra actualidad merced al monstruoso egoísmo de un hombre que no vacila ante nada para satisfacer su sed insaciable de dominio.
Las hordas de Venus, agazapadas en las selvas rojas de Marte, esperan el momento oportuno para lanzarse sobre los confiados habitantes de la Tierra.

R E D   A R T H U R

con estilo nuevo, ágil y fuerte, acapara la atención del lector desde el comienzo del relato, describiendo con escalofriante realismo las escenas de la lucha de dos mundos.
Venus necesita de Marte y de la Tierra...
La traición de un hombre estuvo a punto de hacer realidad los propósitos de los extraños hombres del planeta de los hielos eternos.

LA CIUDAD SUBMARINA

es el título del próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Notas

[←1]

Sabido que «yellow», en inglés, quiere decir amarillo; «red,» rojo, y «blue», azul, no diremos más. (N. del A.)